

III	La cultura y la civilización	141
	Las opiniones de ricos y famosos	149
	El capital cultural	152
	Los artistas no cuentan	155
	El retrato del artista como trabajador social	166
	Una relación dislocada con la realidad	171
	El arte 'subversionado'	175
	Una visión del mundo en cartón	178
IV	La revolución: acabar con lo que daña al bien común	183
	La corrupción	188
	Epílogo. Las políticas del extremo centro	195
	Notas	233

INTRODUCCIÓN LA MEDIOCRACIA

Deje a un lado esos complicados volúmenes: le serán más útiles los manuales de contabilidad. No esté orgulloso, no sea ingenios ni dé muestras de soltura: puede parecer arrogante. No se apasione tanto: a la gente le da miedo. Y, lo más importante, evite las "buenas ideas": muchas de ellas acaban en la trituradora. Esa mirada penetrante suya da miedo: abra más los ojos y relaje los labios. Sus reflexiones no solo han de ser endebles, además deben parecerlo. Cuando hable de sí mismo, asegúrese de que entendamos que no es usted gran cosa. Eso nos facilitará meterlo en el cajón apropiado. Los tiempos han cambiado. Nadie ha tomado la Bastilla, ni ha prendido fuego al Reichstag, el Aurora* no ha disparado una sola descarga. Y, sin embargo, se ha lanzado el ataque y ha tenido éxito: los mediocres han tomado el poder.

¿Qué es lo que mejor se le da a una persona mediocre? Reconocer a otra persona mediocre. Juntas se organizarán para rascarse la espalda, se asegurarán de devolverse los favores e irán cimentando el poder de un clan que seguirá creciendo, ya que enseguida darán con la manera de atraer a sus semejantes. Lo que de verdad importa no es evitar la estupidez, sino

* N. del T.: El 7 de noviembre de 1917, un disparo del cañón de popa de este crucero del ejército ruso sirvió de señal para iniciar el asalto al Palacio de Invierno.

adornarla con la apariencia del poder. “Si la estupidez [...] no se asemejase perfectamente al progreso, el ingenio, la esperanza y la mejoría, nadie querría ser estúpido”, señaló Robert Musil.¹ Siéntase cómodo al ocultar sus defectos tras una actitud de normalidad; afirme siempre ser pragmático y esté siempre dispuesto a mejorar, pues la mediocridad no acusa la incapacidad ni la incompetencia. Deberá usted saber cómo utilizar los programas, cómo rellenar el formulario sin protestar, cómo proferir espontáneamente y como un loro expresiones del tipo “altos estándares de gobernanza corporativa y valores de excelencia” y cómo saludar a quien sea necesario en el momento oportuno. Sin embargo –y esto es lo fundamental–, no debe ir más allá.

El término *mediocridad* designa lo que está en la media, igual que *superioridad* e *inferioridad* designan lo que está por encima y por debajo. No existe la *medidad*. Pero la mediocridad no hace referencia a la media como abstracción, sino que es el estado medio real, y la *mediocracia*, por lo tanto, es el estado medio cuando se ha garantizado la autoridad. La mediocracia establece un orden en el que la media deja de ser una síntesis abstracta que nos permite entender el estado de las cosas y pasa a ser el estándar impuesto que estamos obligados a acatar. Y si reivindicamos nuestra libertad no servirá más que para demostrar lo eficiente que es el sistema.

La división y la industrialización del trabajo –tanto manual como intelectual– han contribuido en gran medida al advenimiento del poder mediocre. El perfeccionamiento de cada tarea para que resulte útil a un conjunto inasible ha convertido en “expertos” a charlatanes que enuncian frases oportunas con mínimas porciones de verdad, mientras que a los trabajadores se les rebaja al nivel de herramientas para quienes “la actividad vital [...] no es sino un medio de asegurar [su] propia existencia”.²

Esta era la observación que hacía Karl Marx en 1849. También señalaba que el capital ha hecho que los trabajadores se sientan indiferentes ante el trabajo en sí al reducirlo a fuerza de trabajo, primero; a una unidad de medida abstracta, después; y, finalmente, a su coste –entendido el salario como aquello que el trabajador necesita para reproducir su fuerza de trabajo–. Las destrezas artesanas desaparecen. Hoy la gente puede producir alimentos en cadenas de montaje sin saber cómo cocinar en casa, atender por teléfono a clientes y darles instrucciones que ellos mismos no entienden o venderles libros o periódicos que ellos mismos jamás leen. No queda rastro del orgullo por el trabajo bien hecho. Así lo explicaba Marx en su *Contribución a la crítica de la economía política*:

El hecho de que ese tipo particular de trabajo sea inmaterial se corresponde con una sociedad en la que los individuos pasan con facilidad de una clase de trabajo a otra, y la clase específica de trabajo en la que recalán les resulta accidental y por tanto es irrelevante. El trabajo, no solo como una categoría sino en la propia realidad, se ha convertido en un medio para producir riqueza en general.³

El trabajo desvitalizado, visto por el trabajador exclusivamente como “un medio para asegurar su propia existencia”, es el medio del que se provee el capital para garantizar su propio crecimiento. Empleadores y trabajadores están de acuerdo en al menos una cosa: toda labor se ha convertido en un trabajo y con unanimidad todo trabajo se considera un *medio*.

No se trata de un juego de palabras ni de una simple coincidencia léxica, el trabajo pasa a ser un *medio* en el momento en que lo valoramos como un aporte estrictamente *medio*. La conformidad de un acto a su nivel medio, cuando es forzada y

UAM

universal, confina a una sociedad entera a la trivialidad. Pero el *medio* remite también al *entorno*, y puede referirse específicamente al medio profesional o laboral como un lugar de compromiso (en ocasiones deshonesto) en el que ninguna obra relevante puede tener lugar.

Cabe señalar, sin embargo, que la persona mediocre no está por ahí tumbada sin hacer nada: en realidad sí que sabe esforzarse en el trabajo. Hace falta mucho esfuerzo para producir un programa comercial de televisión, para solicitar una beca de investigación, para diseñar tarritos de yogur que parezcan aerodinámicos o para organizar el contenido ritual de una reunión entre una ministra y una delegación de su contraparte. No todo el mundo tiene los medios para alcanzar dichos objetivos. La perfección técnica es absolutamente necesaria para mantener oculta la profunda pereza intelectual que implican tantas profesiones conformistas. Comprometida con los exigentes requerimientos de un trabajo que nunca es propio e inmersa en ideas que siempre proceden de arriba, la gente mediocre nunca pierde de vista su propia banalidad.

El progreso no puede detenerse. Hubo un tiempo en que se creía que los mediocres eran minoría. Para Jean de la Bruyère, la persona mediocre era una criatura vil que recurría a cuanto conociera de rumores e intrigas sobre los poderosos intentando sacar partido a cada situación.

Celso tiene una reputación mediocre, pero quienes tienen una reputación superior lo toleran; no está instruido, pero tiene trato con hombres instruidos; acumula pocos méritos, pero conoce a gente que sí los tiene en abundancia; no tiene habilidades, pero sí una lengua que le sirve para hacerse entender y pies que lo llevan de un sitio para otro.⁴

En cuanto predominan, los Celsos de este mundo ya no tienen a nadie a quien imitar, salvo a sí mismos. El poder lo van conquistando progresivamente, casi sin saber lo que hacen. Sus métodos de supervisión, de hacerse con privilegios inmerecidos, de complacencia y de conspiración los llevan en última instancia hasta los puestos de mando en las instituciones. Es un fenómeno que han denunciado todas las generaciones. Gustave Flaubert citó lo siguiente del cuaderno de un amigo suyo, el poeta Louis Bouilhet:

¡Oh fétida democracia, poesía utilitarista, literatura de los subalternos, parloteo estético, vómito económico, escrofulosos productos de una nación exhausta, os aborrezco con todo el poder de mi alma! ¡No sois gangrena, sois atrofia! ¡No sois el rojo flemón caliente de las eras enfebrecidas, sino un frío absceso de extremos pálidos que supura desde su origen en una cavidad profunda!⁵

Sin embargo, estas no dejan de ser denuncias de imposturas e infatuaciones: lo que se desenmascara es una inútil pretensión de grandeza y no un sistema que se satisface con la pequeñez y que de hecho la exige como satisfacción.

Laurence J. Peter y Raymond Hull fueron de los primeros en atestiguar la proliferación de la mediocridad a lo largo y ancho de todo un sistema. Su tesis, *El principio de Peter*, que desarrollaron en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, resulta implacable en su claridad: los procesos sistémicos favorecen que aquellos con niveles medios de competencia asciendan a posiciones de poder, apartando en su camino tanto a los supercompetentes como a los totalmente incompetentes. Se dan ejemplos impresionantes de este fenómeno en los colegios, donde se

Elogio del analfabeto

despedirá a un profesor que no sea capaz de seguir un horario ni sepa nada sobre su asignatura, pero también se rechazará a un rebelde que aplique cambios importantes a los protocolos de enseñanza para lograr que una clase de alumnos con dificultades obtenga mejores calificaciones –tanto en comprensión lectora como en aritmética– que los alumnos de las clases normales. Asimismo, se desharán de un profesor poco convencional cuyos alumnos completen el trabajo de dos o tres años en solamente uno. Según los autores de *El principio de Peter*, en este último caso al profesor se le castigó por haber alterado el sistema oficial de calificaciones, pero sobre todo por haber causado “un estado de ansiedad extrema al profesor que habría de encargarse al año siguiente del grupo que ya había realizado todo ese trabajo”.⁶ Así es el proceso que va dando lugar a los “analfabetos secundarios”⁷ por emplear la expresión acuñada por Hans Magnus Enzensberger. Este nuevo sujeto, producido en masa por instituciones educativas y centros de investigación, se precia de poseer todo un acervo de conocimiento útil que, sin embargo, no lo lleva a cuestionarse sus fundamentos intelectuales.

Enzensberger ofrece la siguiente descripción del “analfabeto intelectual”: “Se considera bien informado, puede descodificar instrucciones, pictogramas y cheques, y se mueve por un mundo que lo aísla de cualquier desafío a su confianza”.⁸ Los académicos mediocres no piensan por sí mismos: delegan su poder de pensamiento en una autoridad superior que dictará sus estrategias, siempre enfocadas a su evolución profesional. La autocensura es obligatoria y se presenta como una demostración de astucia.

Desde la publicación de *El principio de Peter* la tendencia a eliminar a los no mediocres se ha ido confirmando regularmente y hoy hemos llegado a un punto en el que la mediocridad, de hecho, hasta se recomienda. Hay psicólogos que han hecho suyo el credo de las escuelas de negocios y les han dado la vuelta a las

relaciones de valor, identificando formas específicas de competencia como un exceso de “autocontrol”. Christy Zhou Koval, de la Fuqua School of Business de la Duke University y principal autora de un artículo titulado “The Burden of Responsibility: Interpersonal Costs of High Self-Control”,⁹ presenta a los trabajadores autoexigentes como sujetos en cierto sentido responsables de acabar convertidos en víctimas de algún abuso. Está en su mano, al fin y al cabo, aprender a restringir su actividad a un marco operativo más estrecho. La propensión de estas personas al trabajo bien hecho y su marcado sentido de la responsabilidad se consideran un problema. Están fracasando a la hora de trabajar para conseguir sus objetivos “personales”, esto es, los relacionados con su carrera, en función de cómo la definen las autoridades que la custodian.

Mediocracia es, por lo tanto, la palabra que designa un orden mediocre que se establece como modelo. El lógico ruso Alexander Zinoviev ha descrito el régimen soviético en unos términos que subrayan sus semejanzas con nuestras democracias liberales. “Los que sobreviven son los mediocres” y “la mediocridad tiene más posibilidades de alcanzar el éxito”, reflexiona Dauber en *Cumbres abismales*, la novela satírica que Zinoviev publicó clandestinamente en 1976. Entre sus teoremas nos encontramos el siguiente:

Estoy hablando de la mediocridad como nivel general y no del éxito en áreas de trabajo específicas, sino del éxito social. Son cosas muy distintas [...]. Si una institución comienza a trabajar sensiblemente mejor que otras, acapara la atención sobre sí misma. Si se la reconoce oficialmente en este papel, enseguida se convierte en una farsa o en un escaparate, lo cual también degenera con el tiempo en una farsa como cualquier otra.¹⁰

La norma de la mediocridad lleva a desarrollar una imitación del trabajo que propicia la simulación de un resultado. El hecho de fingir se convierte en un valor en sí mismo. La mediocracia lleva a todo el mundo a subordinar cualquier tipo de deliberación a modelos arbitrarios promovidos por instancias de autoridad. Hoy figuran entre sus ejemplos el político que explica a los votantes que se tienen que someter a los designios de los accionistas de Wall Street; o el profesor universitario que considera que el trabajo de un alumno es “demasiado teórico y demasiado científico” cuando sobrepasa las premisas que se habían expuesto previamente en un PowerPoint; o el productor cinematográfico que insiste en adjudicarle a un famoso un papel protagonista en un documental sobre un tema con el que este no tiene ninguna relación; o el experto que demuestra su “racionalidad” argumentando largamente a favor de un crecimiento económico (irracional). Zinoviev ya era consciente de las posibilidades del trabajo simulado como fuerza psicológica para alterar las mentes:

La imitación del trabajo al parecer solo precisa de un resultado, o más bien de la mera posibilidad de justificar el tiempo que se ha invertido: la comprobación y la evaluación de los resultados las llevan a cabo personas que han participado de la simulación, que guardan relación con ella y tienen interés en perpetuarla.¹⁴

Cabría pensar que un rasgo común entre quienes comparten este poder sería el de una sonrisa cómplice. Al creerse más listos que todos los demás, se complacen con frases cargadas de sabiduría tales como: “Hay que seguir el juego”. El juego —una expresión cuya absoluta vaguedad encaja perfectamente con el pensamiento del mediocre— requiere que, según el momento,

uno acate obsequiosamente las reglas establecidas con el solo propósito de ocupar una posición relevante en el tablero social, o bien que eluda con ufanía tales reglas —sin dejar nunca de guardar las apariencias—, gracias a múltiples actos de colusión que pervierten la integridad del proceso.

Una expresión ingenua como *seguir el juego* es un bálsamo para la conciencia de todo actor fraudulento. Tras cumplir sonrientes con dicho requerimiento, las farmacéuticas se aseguran de curar los cánceres de próstata a un coste altísimo, aunque no se espere que estos les acarreen problemas serios a los pacientes antes de cumplir ciento treinta años, mientras los facultativos realizan tratamientos inútiles sabiendo que cada una de sus actividades médicas recibirá recompensa, tal como se establece en sus contratos. Con esta misma actitud de mirar para otro lado, y pese a estar bien equipados para acorralar a entidades culpables de fraude fiscal a gran escala, los inspectores de Hacienda prefieren acechar a las camareras que no declaran las propinas. Los agentes de policía echan el cierre a sus investigaciones en cuanto se dan cuenta de que han topado con alguien del entorno cercano al gobierno, mientras los periodistas reproducen el lenguaje tendencioso de las notas de prensa difundidas por los poderosos y eligen seguir nadando a ciegas ignorando las corrientes de movimientos históricos, a los que prefieren no dedicar su atención.

Cuando un profesional recién reclutado por el ámbito académico universitario se somete a intimidatorios ritos de iniciación, aprende que las dinámicas del mercado siempre se imponen sobre los principios fundacionales de las instituciones públicas, pues el objetivo es saltarse tales principios. El juego puede consistir en la transformación de centros de día gestionados con ayudas estatales en negocios sin miramiento alguno hacia los niños, o en ofrecer a nuevos empleados un taller con

el que aprenderán a engañarse unos a otros en el marco de sus relaciones informales, o en jugar con las emociones de un trabajador con afirmaciones del tipo: "Tu identidad es un activo que nos pertenece". Colectivamente, *seguir el juego* significa comportarse como si no importara el hecho de que a lo que estamos jugando es a la ruleta rusa, nos lo estamos jugando todo, estamos jugándonos la vida. Solo estamos jugando, es divertido, no va en serio, no es de verdad, no es más que un simulacro que nos envuelve en su risa perversa. El juego al que se supone que tenemos que jugar siempre se presenta con un guiño, como un ardid que hasta cierto punto podemos criticar, pero cuya autoridad sin embargo aceptamos. Al mismo tiempo, tenemos cuidado de no explicitar las reglas generales del juego, porque están inextricablemente entreveradas con estrategias concretas que son personales y arbitrarias —por no decir abusivas— la mayoría de las veces. En la mente de personas que se creen listas, la falsedad y las trampas se conciben como un juego implícito, llevado a cabo a expensas de personas a las que consideran estúpidas. *Seguir el juego*, pese a lo que quiera uno pensar si es que pretende engañarse, significa no regirse nunca por nada más que la ley de la codicia. Esta forma de pensar le da la vuelta a la definición de oportunismo: el oportunismo es hoy una necesidad social ajena a la persona, pero requerida por la sociedad.

La figura central de la mediocracia es, por supuesto, el *experto* con el que la mayoría de los académicos actuales se identifican. Su pensamiento nunca es del todo suyo propio, sino que pertenece a un orden de razonamiento que, si bien se encarna en él, está guiado por intereses concretos. El experto trabaja para convertir propuestas ideológicas y sofismas en objetos de conocimiento que parezcan puros: esto es lo que caracteriza su labor. Por este motivo no se puede esperar de él ninguna propuesta potente ni original. Ocurre, sobre todo —y esta es la principal

crítica expresada por Edward Said en las Conferencias Reith de 1993—, con ese sofista contemporáneo al que se le paga por pensar de una determinada manera, a quien no le mueve la curiosidad del aficionado: no le importan los asuntos de los que habla, sino que actúa dentro de un sistema estrictamente funcionalista. "La amenaza específica para el intelectual hoy, ya sea dentro o fuera del mundo occidental, no es el entorno académico, ni las zonas residenciales, ni la apabullante deriva comercial del periodismo y las editoriales, sino una actitud a la que llamaré *profesionalismo*".¹² La profesionalización se presenta socialmente como un contrato implícito entre los distintos productores de conocimiento y discurso, por un lado, y los dueños del capital, por el otro. Los primeros se encargan de abastecer y de dar formato, sin ninguna vinculación espiritual, a los datos prácticos o teóricos que los segundos necesitan para garantizar su propia legitimidad. Así pues, Edward Said reconoce en el experto los rasgos característicos de los mediocres, como el actuar siempre con arreglo a "lo que se considera una conducta profesional correcta, sin hacer grandes aspavientos, sin traspasar los paradigmas o límites aceptados, mostrándose siempre 'comercializable' y, por encima de todo, presentable, y por lo tanto nada controvertido ni político, y sí 'objetivo'".¹³ Para los poderosos, la persona mediocre es el individuo medio a través del cual pueden transmitir sus órdenes y establecer su autoridad sobre una base más firme.

En este contexto social, el pensamiento público desarrolla inevitablemente un grado de conformismo centrado —qué sorpresa— en el medio, en el centro, en el momento mediano ofrecido como programa político. El centro es el objeto de una representación electoral perteneciente a un gran partido transversal cuyos miembros serían indistinguibles si no fuera por esos fetichismos descritos por Freud como "pequeñas diferencias".

La apariencia de desacuerdo en el seno del partido transversal es una cuestión de símbolos más que de premisas. Cabe señalar hasta qué punto en las instituciones de poder —tales como los parlamentos, los juzgados, las instituciones financieras, los ministerios, las salas de prensa o los laboratorios— expresiones como “medidas equilibradas”, “término medio” o “compromiso” se han convertido en fetiches. Hemos llegado al punto de que ya no podemos ni siquiera imaginarnos posturas que se alejen mucho del centro, cuando dichas posturas serían las que (si existieran) nos permitirían participar del tan bien considerado proceso de hallar el equilibrio.

Socialmente, el pensamiento solo puede existir en la fase que precede al equilibrio. A medida que se va gestando, siempre empieza a ubicarse dentro de los límites de lo medio, pues el cerebro se ve neutralizado estructuralmente por el uso de una serie de palabras *centristas*, de entre las cuales *gobernanza* es la que tiene menos significado y a la vez supone el ejemplo más representativo. La realidad del sistema es tan dura como mortífera, pero su extremismo se oculta tras un elaborado alarde de moderación, el cual nos hace olvidar que el extremismo no es lo que se encuentra en los extremos del espectro político de izquierda/derecha, sino únicamente la intolerancia mostrada hacia cualquier cosa ajena a uno mismo. Solo se autorizan lo insípido, la grisura, la normatividad, la reproducción y las afirmaciones mecánicas de lo que resulta evidente. Bajo los auspicios de la mediocracia, los poetas se ahorcan en los rincones de sus pisos destartados, los científicos apasionadamente comprometidos con su vocación desarrollan respuestas a preguntas que nadie se está haciendo, los industriales brillantes construyen templos imaginarios y los grandes pensadores de políticas emiten soliloquios en los sótanos de las iglesias. Este es el orden político del extremo centro. Sus políticas encarnan no tanto una ubicación

exacta sobre el eje izquierda/derecha como la supresión de dicho eje, que se sustituye por un único enfoque que afirma contener las virtudes de la verdad y de la necesidad lógica. Esta maniobra se revestirá de palabras vacías o, peor aún, será el poder el que se defina con palabras asociadas con aquello que más odia: la innovación, la participación, el mérito y el compromiso. Aquellos cuyas mentes no participen de semejante farsa serán excluidos y esta exclusión, naturalmente, se llevará a cabo de manera mediocre, a través del rechazo, la negación y el resentimiento. Este tipo de violencia simbólica es un método constatado y comprobado.

La mediocracia nos anima de todas las maneras posibles a amodorrarnos antes que a pensar, a ver como inevitable lo que resulta inaceptable y como necesario lo repugnante. Nos convierte en idiotas. Que pensemos en el mundo en términos de medias variables resulta del todo comprensible; está claro, por supuesto, que algunas personas se asemejan muchísimo a estas figuras medias, pero que deba haber un mandato mudo que conmine a todo el mundo a convertirse en algo idéntico a esta figura media es una idea que algunos jamás llegaremos a aceptar. La palabra *mediocracia* ha perdido el significado que pudo haber tenido en el pasado, cuando describía el poder a manos de la clase media. Ahora no alude tanto a la dominación de las personas mediocres como a la dominación creada por las propias maneras de la mediocridad; alude al estado de dominación que las establece como divisa de significado y a veces también como la base para la supervivencia, hasta el extremo de que todos los que aspiran a algo mejor y se atribuyen soberanía acaban sometidos a sus palabras vacías.

I EL CONOCIMIENTO Y LA EXPERIENCIA

El periodista estadounidense Chris Hedges no se anda con rodeos: el ámbito académico es responsable de nuestros problemas sociales. Siempre que tratamos de indagar a fondo en los motivos de lo que nos amenaza colectivamente, ahí están los académicos, en general desvinculados del mundo, especializándose en subáreas infinitesimales, desprovistos ya de toda capacidad para ver las cosas desde una perspectiva crítica, obsesionados con tácticas para medrar profesionalmente y leales a una serie de redes colegiadas que resultan idénticas a las tribus. Las investigaciones y la formación que se llevan a cabo en las universidades tienen una relación de causalidad con problemas como la creciente crisis ecológica, las desigualdades económicas que están generando exclusión tanto a escala nacional como internacional, la dependencia de los combustibles fósiles, el hiperconsumismo, la obsolescencia programada, las vueltas que se le han dado a la cultura hasta convertirla en la industria del entretenimiento, la colonización de las mentes a manos de la publicidad, el predominio del sistema financiero internacional sobre la economía o la inestabilidad del sistema económico. ¿No son acaso el profesorado, los departamentos y los laboratorios universitarios “la élite”? ¿No modelan y definen el mundo en que vivimos los que deciden –siempre tan vanguardistas– y sus equipos, basándose en el conocimiento adquirido y desarrollado en las

universidades, tal y como atestiguan sus impresionantes titulaciones? En *Empire of Illusion*, Hedges insiste en que hay motivos para preocuparse, pues “las universidades de la élite han abolido la autocrítica. Se niegan a poner en tela de juicio un sistema montado para justificarse a sí mismo. Lo único que importa son los sistemas de organización, tecnológicos, de desarrollo personal y de información”.¹ La universidad es uno de los componentes del actual aparato industrial, financiero e ideológico: en ese sentido, se puede argumentar su pertenencia a la “economía del conocimiento”. Las empresas ven la universidad como un proveedor, financiado con fondos públicos, de los trabajadores y de los conocimientos avanzados que necesitan. Por 500 millones de dólares, el Energy Biosciences Institute de la University of California (Berkeley) le brinda a British Petroleum equipamientos y trabajos de investigación: “BP puede echar el cierre a otro centro de investigación y mudarse a uno financiado públicamente”, concluye Hedges.² En Estados Unidos y Canadá –y esta sin duda es una idea que pronto pasará a gozar de gran aceptación también en Europa– hay universidades a las que se les pone el nombre de Rockefeller, edificios de un campus en los que puede leerse el nombre de Monsanto, cargos de investigación asociados al nombre de Texas Instruments, aulas que antes seguían una numeración y que han pasado a llamarse PriceWaterhouseCoopers, así como becas conocidas ya para los restos por el nombre de su patrocinador, Bosch.

Max Weber jamás se habría podido imaginar el nivel de supe-ditación de la universidad para con los clientes que adquieren los cerebros que esta produce, aunque ya denunciaba hace cien años la “mediocridad” en la que estaba cayendo la universidad al subordinarse y contraer perniciosas ataduras con el seductor elemento comercial. En aquella época, los clientes eran los alumnos y el contenido de los cursos era la mercancía que se

suponía que a estos debía interesarles. Los profesores estaban dispuestos a llegar a un compromiso con tal de atraer a los estudiantes que dudaban entre varios centros. Esto acabó por pervertir la relación con la investigación hasta el punto de que las decisiones institucionales, según Weber, pasaron a regirse por el azar. Un investigador guiado por pasiones imperiosas, intuiciones rotundas, una imaginación que lo abarcara todo y muchas ganas de trabajar no podía esperar alcanzar el éxito profesional, a no ser que mostrase también todo un repertorio distinto de virtudes que le permitieran abrirse camino por entre los arcanos misterios de la institución. Al convertir en bazas fundamentales estas “condiciones externas a la vocación del académico” –tal como las describió el propio Weber en 1919– la institución fomentaba la mediocridad:

Sería injusto responsabilizar a la inferioridad personal de los miembros del profesorado o de los estamentos educativos del hecho indudable de que tantas mediocridades desempeñen un papel preeminente en la universidad. El predominio de la mediocridad más bien se debe a las leyes de la cooperación humana, especialmente a las de la cooperación de varios cuerpos.³

Esto no era nada comparado con lo que estamos viviendo hoy. Actualmente los alumnos ya no son los consumidores de las enseñanzas y los títulos que se ofrecen en los centros: se han convertido en el producto. La universidad vende lo que hace con ellos a sus nuevos clientes, es decir, a las empresas y demás entidades que la financian. El rector de la Université de Montréal entendía que estaba afirmando una obviedad cuando, en el otoño de 2011, dijo: “Los cerebros se han de confeccionar con arreglo a las necesidades de las empresas”. Ciertamente, pues

la universidad para entonces ya estaba siendo gestionada por administradores del mundo de la banca (National Bank), de las cadenas de farmacias (Jean Coutu), de la industria (SNC-Lavalin), del gas natural (Gaz Métro) y de los medios de comunicación (Power Corporation y Transcontinental), los cuales ocupaban puestos en su órgano decisorio y en los comités de influencia. Y, sin embargo, la Université de Montréal sigue financiada en gran medida por el Estado. Sin duda resultaba extraño que el plan de negocios de este templo del saber pasara a encarnar de repente unos objetivos semejantes a los de una vulgar cadena de televisión pública: a algunos les sorprendieron las similitudes entre aquellas declaraciones del rector y una cita célebre del CEO del canal francés TF1, Patrick Le Lay, quien en 2004 afirmó que lo que le estaban vendiendo a Coca-Cola eran “horas de actividad cerebral humana”.

Libero Zuppiroli observó un fenómeno parecido en Suiza. Cuando la École Polytechnique Fédérale de Lausanne se convirtió en el Swiss Institute of Technology in Lausanne, el autor de pronto advirtió que una plétora de extrañas disciplinas surgía bajo la excusa de la innovación, la excelencia y la productividad. Por supuesto, estas disciplinas estaban completamente supeditadas a los intereses de las empresas. Una de ellas era la de Neurofinanzas, un nuevo campo de investigación que pretende “entender mejor los procesos mentales que llevan a las transacciones comerciales”,⁴ tal como explica Zuppiroli en su libro *La burbuja universitaria*.

Diversas instituciones emplean una amplia variedad de criterios para evaluar las universidades, los cuales van desde lo cuantitativo (el número de publicaciones de su profesorado, las titulaciones obtenidas, la tasa de contratación...) hasta lo fetichista (el ranking de revistas académicas, los temas de moda, las redes, las publicaciones en inglés), pasando por factores

relacionados con la difusión (patrocinios, colaboraciones, presencia en medios...). Esta gobernanza de la universidad no es solo una impostura vacía, también tiene un efecto profundamente corruptor. En 2012 el sociólogo quebequés Gilles Gagné ofreció el siguiente ejemplo:

Si invento una manera de cultivar tomates cuadrados y a una empresa le parece estupenda y me la compra porque le va de maravilla para preparar hamburguesas cuadradas, ¿estoy contribuyendo a la educación? No, estoy contribuyendo a la educación del tipo que trabajaba haciendo hamburguesas cuadradas para la empresa que financió la investigación sobre los tomates.⁵

PERDER LA CABEZA

Las ideas se vuelven mediocres cuando a los investigadores les trae sin cuidado la relevancia espiritual de las propuestas que desarrollan. Otro pensador alemán de principios del siglo xx, Georg Simmel, predijo que el destino de los investigadores que persistieran en mostrar estas actitudes sería trágico. Cuando se lo recluta para servir a la economía, el pensamiento parece estar abocado a encarnar, al llevarse a la práctica, las taras de su institución. Se ve obligado a producir conocimiento sin que importen los costes ni la forma en que dicho conocimiento pueda incidir en el mundo. La teoría en sí adquiere una cualidad inflacionista. El ensayo de Simmel titulado “El concepto y la tragedia de la cultura”⁶ describe un imperativo productivo tan poderoso que la mente ya no es capaz de tomar las riendas ni de hablar. A un ritmo fuera de control, la maquinaria produce valor solo para satisfacer las exigencias de productividad

del aparato, que ya no tiene nada que ver con el hecho aislado de pensar. Esto ocurre en primer lugar por la superabundancia de elementos objetivos a través de los cuales se transmite el pensamiento: libros, informes, trabajos que ya en sí mismos contienen teorías, conceptos y datos basados en hechos. Hay tanto que tener en cuenta que la mente se ve minada en su camino a la producción de cualquier cosa. Ahogada en la marea de publicaciones científicas, alberga el temor de no crear más que otro nuevo elemento que contribuya a agravar el fenómeno. Nos hemos distanciado mucho del proceso de conocer, es decir, del proceso de descubrir nuestra propia conciencia y de lo que puede conseguir nuestra mente a través de "la felicidad del creador por su obra, ya sea esta grande o pequeña". Según Simmel, para la persona creativa,

junto a la descarga de las tensiones internas, junto a la *patentización* de la fuerza subjetiva, junto a la satisfacción por la exigencia satisfecha, probablemente continúa siendo, por así decirlo, una satisfacción objetiva, dado el hecho de que el cosmos de las cosas de algún modo valiosas es más rico gracias a esta aportación.⁷

Este proceso de inspiración hegeliana que describe Simmel ya no es concebible. Hemos llegado al tope de capacidad: la carretera que lleva a la realización del pensamiento está colapsada. Se han impuesto la productividad y el proceso de acumulación. El trabajo mental de lenta e íntima asimilación se encuentra obstruido por una mareante proliferación de referencias. La mediocridad se ha hecho con el poder. El investigador, paralizado ante la montaña de referencias que lo preceden en la cuestión que debe abordar, experimenta la pérdida de su propia mente. Da la impresión de que ya no tiene ningún sentido reflexionar

acerca de lo que se ha hecho en épocas anteriores a la nuestra para producir nuevos trabajos que se incorporarán a una cultura preexistente. En lugar de eso, nos encontramos con hordas de garabateadores satisfechos con su papel en la producción del conocimiento en serie, sin importarles el significado profundo que puedan contener dichos trabajos. Simmel ofrece el ejemplo de un reputado filólogo que brinda una cantidad ingente de conocimiento sin adoptar perspectiva alguna:

La técnica filológica, por ejemplo, se ha desarrollado, por una parte, hasta alcanzar una libertad incomparable y una perfección metodológica; pero, por otra parte, los objetos que merecen estudiarse desde el punto de vista del interés real de la cultura intelectual no crecen con tanta rapidez y, de este modo, el esfuerzo filológico se convierte con frecuencia en una *micrología*, en una pedantería y en un cultivo de lo *inesencial* —por así decirlo—, un paso en el vacío del método, un avanzar de la forma objetiva cuyo autónomo camino ya no coincide con el de la cultura en tanto que perfección vital. En muchos ámbitos científicos se origina de este modo aquello que puede denominarse el ser superfluo [...]. La increíble oferta de fuerzas, también favorecida por obra y gracia de la economía, que están dispuestas y a menudo también dotadas para la producción intelectual, ha conducido a una valoración de *todo* trabajo científico por sí mismo, cuyo valor es con frecuencia solo una convención, casi una conspiración de la casta de los sabios...⁸

Entonces es cuando la investigación ingresa en una fase trágica. Cuanto más produzcan las instituciones, más imposible

resulta asimilar su producción de cara a que esta suponga una contribución razonable, y así continúa el proceso. La producción cultural se libera de sus limitaciones subjetivas y pasa a subordinarse a los imperativos autónomos de la investigación institucionalizada.

LOS ACADÉMICOS GENERADORES DE OPINIÓN

Enmarcada en esta economía, la universidad ya no puede vender los resultados de sus investigaciones, sino —más estrictamente— su marca, con la que sella los informes y de cuyos derechos es propietaria. Esto fue lo que dieron por sentado en Edelman, una agencia de relaciones públicas que asesoró a TransCanada en la creación de un plan de comunicación para que los residentes en Quebec aceptaran la propuesta de un oleoducto que tenía que atravesar la ciudad.

Los estrategias de Edelman aconsejaron a TransCanada que donara fondos a una universidad quebequesa, cuyos investigadores pasarían a describir dicho oleoducto como un proyecto inofensivo desde el punto de vista ecológico. Según Edelman, iba a bastar con “mantener una gran campaña de financiación” para obtener esos resultados: la campaña “podría ayudar a demostrar lo seriamente que se toma TransCanada tales asuntos y también contribuiría a ofrecer una imagen más positiva de la empresa”.⁹ Radio-Canada y otros medios de Quebec dieron cobertura a los documentos de Edelman, que publicó Greenpeace en noviembre de 2014.¹⁰ No se escuchó a un solo profesor, gerente o administrador universitario denunciar la situación ni aludir a la naturaleza tal vez fantasiosa de su hipótesis. Los gestores de las universidades tampoco se sintieron desacreditados por la publicación del documento que los presentaba como corruptos.

Aferrados a los grandes negocios y a las estructuras de poder, al quedarse cortos en nada, los centros de investigación no solo están vendiendo conocimiento a sus clientes, sino que además tienen sus cómplices a la hora de manipular. Las universidades son un instrumento clave para las firmas que constituyen los *lobbies*, pese a la muy problemática naturaleza de sus prácticas. Es un error pensar que un *lobby* se limita a presionar a cargos electos para que voten en un sentido o en otro. Como especialistas en crear opinión, quienes forman los *lobbies* tienen un enfoque mucho más amplio: trabajan para generar contextos que acaben forzando a los cargos electos a tomar determinadas decisiones, al que los *lobistas* hayan tenido que hacer nada concreto al respecto. Centrados en intervenir sobre la realidad, los *lobistas* procuran crear un clima que resulte favorable a los intereses de sus clientes y una manera de conseguirlo es movilizar públicamente a “expertos” financiados por la industria para que actúen de una determinada manera. En un relato sobre su experiencia personal publicado en 2002, el *lobista* profesional Éric Eugène explica que su trabajo consistía en encontrar maneras diversas y sencillas de alcanzar un único objetivo: comprar el resultado de una decisión que vaya a tomar una institución pública. Entre estas maneras diversas figuran la corrupción, la intimidación, la manipulación y la investigación. Según Eugène, a los investigadores que participan de tales juegos se les identifica fácilmente. “¿De dónde viene el experto y qué plan profesional tiene? ¿Trabaja para el sector público? Si es así, ¿es ahí donde quiere permanecer hasta el final de su carrera o querría pasarse al sector privado? ¿Quién financia el laboratorio donde trabaja, ya sea este privado o público? ¿Está claro si el experto es independiente o si, por el contrario, su trabajo viene necesariamente definido por el tipo de ayuda económica que recibe?”, escribe Eugène, arrepentido.¹¹

Edelman aseguró a TransCanada que investigaría a los activistas medioambientales que se opusieran a su proyecto y que divulgaría información legal o financiera que pudiera desacreditarlos. También invitó a TransCanada a organizar acciones “populares” propetroléas llevadas a cabo por “activistas” a los que pagaría directamente la empresa. Otra idea consistía en dar dinero a horas de usuarios de internet para que repitieran el mensaje de la compañía en redes sociales. De no haberse filtrado este plan a la prensa, TransCanada también habría solicitado la ayuda de figuras políticas de Quebec como Pierre-Marc Johnson, Lucien Bouchard y Monique Jérôme-Forget para que apoyaran la construcción del oleoducto. Esta es la clase de campaña bien orquestada de la que los miembros del ámbito académico participan a menudo. Para mantener las formas, no tienen más que seguir el juego sin hacer preguntas de tipo general sobre la trama en la que están participando.

ABURRE, LUEGO ES CIENTÍFICO

La arrogancia de los gestores del conocimiento siempre los llevará a creer que pueden controlar el lenguaje: se creen capaces de reducirlo a señales fácilmente manipulables para convencer a sus semejantes de que les destinan dinero. Dejarán de aplicar una palabra que ya no está de moda o subrayarán una referencia que esté en boca de todos, incluso cuando no sepan gran cosa de ella. En el apartado del formulario donde solo se pueden insertar una cantidad limitada de términos llevarán a cabo un eslalon léxico, basculando entre lo caliente y lo frío, el ángel y el demonio, la corrupción y la ética, el consenso y la revolución. Y, para acabar, afirmarán con florituras que su actitud será completamente distinta cuando por fin se haya conseguido el

objetivo, el mítico tesoro. Por supuesto, mi propuesta para solicitar la subvención no contiene más que aire, ¡pero dadme el dinero y os enseñaré lo que soy capaz de hacer! Como si pudiéramos llegar a acumular más fuerza que la de las palabras que empleamos para llegar a estos acuerdos y como si mandáramos sobre el lenguaje en lugar de estar sometidos por él. Pero no hemos leído a Blanchot, hemos evitado a Derrida, no hemos entendido a Lacan y hemos desdeñado a Kristeva. Tan pronto se compensa a los mercenarios del mundo por su cobardía, estos se vuelven ásperos y estériles, y se olvidan de los conceptos críticos —a los que han pasado a dar la espalda—, de tan comprometidos que están con sus compañeros de negocios como si su vida dependiera de ello, centrándose en devolver favores a los colegas cuyas solicitudes de ayuda estarán basadas en los mismos significantes ideológicos compartidos.

La universidad lleva ya décadas dedicándose a la tarea de hacerse manipulable por cualquiera que esté dispuesto a subvencionarla: hasta cierto punto, puede que lleve haciéndolo desde su constitución moderna. Hans Magnus Enzensberger recuerda los lejanos orígenes de este problema en su ensayo “Elogio del analfabetismo”:

La alfabetización de la población no tuvo nada que ver con la Ilustración. Los filántropos y sacerdotes de la cultura que la abanderaron no eran más que cómplices de una industria capitalista que exigía al Estado que pusiera a trabajadores formados a su disposición [...]. Era un tipo de progreso muy distinto al que estaba en juego. Consistía en amansar a los analfabetos, a las ‘personas de la clase más baja’, extrayendo de ellas la imaginación y la tenacidad, para a partir de ahí no solo explotar su fuerza física y sus habilidades manuales, sino también sus cerebros.¹²

El hábito académico consiste en dejarse dominar. La universidad se encuentra en un estado completamente caótico y solo el dinero parece aportar algo de consistencia a sus prácticas. Se ha rendido, lo que define su visión acerca de cómo debe emplearse el lenguaje en las investigaciones. Los textos académicos se basan en una norma implícita que se convierte en explícita en cuanto alguien la quebranta: la prosa de un autor solo se considera científica si mantiene un tono neutral, tranquilo y comedido. Aburrido, incluso. Estilísticamente cualquier texto que se precie de contener conocimiento siempre deberá girar en torno al término medio; cualquier otra cosa generará incomodidades. Un distinguido catedrático sentirá aprehensión con respecto a una propuesta si esta no se presenta con arreglo a los requisitos del pensamiento objetivo. Si el catedrático reconoce la relevancia de una idea, pero considera que la forma en que está trabajada no se adecúa a los requisitos del entorno académico, puede que con el tiempo la repita sin mencionar dónde la obtuvo. Porque el tono lo es todo.

El tono tiene que ver, en primer lugar, con la elección de las palabras. Es preferible emplear conceptos que suenen científicos, aunque solo sea para insinuar que los términos que uno está usando no guardan ninguna relación con el aquí ni el ahora. En lugar de *dinero*, por ejemplo, hablaremos de *divisas*. Además hay que evitar los términos que contengan carga emotiva como resultado de sus usos históricos: no hay que hablar de *revuelta política*, sino de *resiliencia*; no hay que aludir a la *clase*, sino analizar las *categorías* sociales. Algunos incluso tuercen el gesto ante la expresión *justicia fiscal*, que se considera demasiado política.

También es importante no usar un lenguaje descarnado que pueda ridiculizar a actores sociales prominentes, sobre todo si son poderosos. Por ejemplo, las empresas multinacionales. Según una lectura demasiado estricta de las afirmaciones del so-

ciólogo Max Weber, tales muestras de resentimiento debilitarían nuestras pretensiones de neutralidad ética. Para evitar suscitar impresiones desagradables de este tipo, lo mejor es descartar completamente el léxico del derecho penal y actuar como si dicho vocabulario fuera patrimonio exclusivo de los académicos juristas. Ante determinados fenómenos, hablaremos de *acciones sospechosas* o de *mala gobernanza* y no de *crímenes* ni de *saqueo*. Los términos procedentes del derecho penal se reservarán únicamente para los hechos que así hayan sido definidos por los tribunales: las operaciones de Bernard Madoff, por ejemplo, se pueden describir como *delictivas*. Debemos actuar como si todas las disciplinas científicas estuvieran sujetas a la disciplina regional –y tremendamente parcial– de lo legal. Al hacerlo, estaremos ignorando el análisis del sociólogo Émile Durkheim, quien defendió que cada rama del conocimiento y de la cultura tiene su propia definición del crimen.

El tono normativo viene acompañado de referencias a conceptos de sobra establecidos: debemos aferrarnos siempre a la idea de la seguridad del Estado y del contrato social tal como este se ha definido tradicionalmente, en lugar de apropiarnos de las controvertidas ideas de Louise Michel o de Herbert Marcuse. Tenemos que reflexionar sobre los problemas desde la perspectiva de cómo debería ser el mundo y centrarnos en ideas abstractas en torno a criterios estándar (a la idea de justicia o de ética de la comunicación), en vez de sentar las bases de alguna reflexión conceptual o de contexto sobre aquello en lo que se está convirtiendo el mundo (oligarquía, plutocracia o totalitarismo financiero). En francés, la construcción de sustantivos a partir de los participios presentes también es un signo de moderación: *migrance*, *consultance*, *survivance* y *gouvernance*. El participio presente –que en español podría asociarse al gerundio– es una forma participial y está, por lo tanto, desprovista

de historia: una vez se sustantiviza, nombra las ideas de un modo incorpóreo.

Finalmente, uno debe hacer ostentación de no dar nombres en los casos de agentes involucrados en actividades ilícitas: el hecho de que uno se guarde información se supone que es la prueba de que opera científicamente. Sin duda esto explicaría por qué las universidades canadienses han fracasado, a lo largo de más de cincuenta años, a la hora de producir una sola tesis relacionada con un asunto de innegable importancia: el impacto en nuestras instituciones públicas de la multimillonaria familia Desmarais, que controla un gran grupo internacional de empresas financieras y de comunicación (la Power Corporation) y ha jugado un papel fundamental en la vida política del país. Mientras tanto, se ha desarrollado un número indeterminado de argumentaciones en torno a criterios abstractos que deberían implementarse en el mundo.

El tono no es tan solo una cuestión de elecciones léxicas. También tiene que ver con el ritmo. El tipo de textos que prevalece hoy en el ámbito científico se basa en una estructura léxica que se puede aplicar bajo toda clase de circunstancias. A esta modalidad se opone la "modulación" descrita por Gilles Deleuze en *Dos regímenes de locos*. Deleuze se refería a Friedrich Nietzsche (un autor al que ningún académico querría editar si fuera contemporáneo nuestro) cuando escribió que la modulación "traza una línea partida en una bifurcación perpetua, una línea rítmica",¹³ que nos permite reflexionar acerca de las contingencias de la historia, las vicisitudes sociales y otros imponderables a través de los cuales los sujetos siguen siendo, en última instancia, quienes piensan el mundo. El tono —en cuanto reconocemos su peculiaridad, lo adaptamos al objeto y apreciamos su potencial imaginativo— redefine el molde en el que se forma el pensamiento. Este método, este molde, también

hay que inventarlo, en la medida en que lo convertimos en algo plástico, a lo que se da forma por medio del trabajo de escritura y que simultáneamente va determinando tanto la forma como la sustancia de lo que estamos diciendo. Deleuze apela a Georges Buffon (biólogo, pero también autor de un famoso tratado estilístico), que formulaba una analogía entre la apariencia de un texto y la morfología de un animal, dando lugar a la expresión "molde interno". La forma atestigüa aquello de lo que es capaz un cuerpo o un texto.

Los centros de investigación suelen confinarse a un tono y un mundo muy cerrados. En ese entorno de superficialidad, son mil y un detalles los que determinan si una teoría se aceptará o rechazará, incluidos la indumentaria, la postura, la mirada, el tono de voz, lo rápido que se hable, la manera de regular la intensidad, si la forma en que se relacionan las ideas resulta típica, las referencias escogidas para citar y tal vez también el acento de la persona, su origen, su género y su edad. Esto es especialmente cierto en el caso de la concesión de ayudas y de las ofertas de empleo. Una serie de estrechas fronteras formales limitan la propuesta hasta un punto que llega a resultar neurótico y garantizan que algunas ideas no se lleguen a proferir jamás.

¿Quién quiere que las cosas se hagan así? ¿Y a quién beneficia este tono obligatorio? Uno de los grandes sociólogos estadounidenses que han abordado esta cuestión es también uno de los grandes estilistas de la disciplina, lo cual no es ninguna sorpresa. En *Las clases medias en Norteamérica (white-collar)*, C. Wright Mills describe "un temor vago y generalizado —a veces llamado *discreción* o *buen criterio*— que lleva a la autointimidación y que se vuelve tan habitual que el académico al final ya ni es consciente de ello". Esta es una consecuencia de la burocratización de la profesión del académico: los "acuerdos entre caballeros del mundo académico" ejercen un "control manipulador" sobre

los “insurgentes”.¹⁴ El tono prescrito previene a los académicos que lo adopten de alejarse demasiado de los límites establecidos por la ideología dominante. Es el mismo tono que emplea hoy el profesor/emprendedor cuyos clientes pertenecen al mundo empresarial y a otras instituciones de poder. Estos últimos, a su vez, dependen de los hallazgos que procedan de sus investigaciones, de los pronunciamientos de los expertos y de otros “símbolos”. Chris Hedges lo argumenta con crudeza:

Este vocabulario, un signo del *especialista* y por supuesto del elitista, desbarata la comprensión universal. Previene al no iniciado de hacer preguntas incómodas. Destruye la búsqueda del bien común. Trocea las disciplinas, a los profesores, a los alumnos y finalmente a los expertos en minúsculos fragmentos de especialización. Permite que alumnos y profesores se retiren a estos feudos autoimpuestos y desatiendan los más urgentes asuntos morales, políticos y culturales.¹⁵

ESCRIBIR HACIA EL DESASTRE

Si tan solo este tono normativo produjera un lenguaje coherente. Al contrario, las reglas de los textos académicos degradan a los estudiantes, que mientras estudian en la universidad se ven obligados a acatarlas; después, en cuanto dejen atrás el ámbito académico, tendrán que volver a aprender a escribir.

Según Kristen R. Ghodsee, catedrática de Estudios de la Mujer del Bowdoin College de Maine, “los académicos son responsables como colectivo de la producción de una parte de la prosa más obtusa e impenetrable de la lengua inglesa”. Así se desahoga en internet:

Las modas retóricas van y vienen, pero el gusto por la opacidad se ha convertido en un rasgo definitorio del ámbito académico contemporáneo [...]. El lenguaje académico es el código secreto que emplean algunos estudiosos para indicar que son miembros del club. Les asegura que nadie pueda saber de verdad si sus ideas son brillantes, malas o simplemente mediocres.¹⁶

A Ghodsee le indignan modas como el rechazo a palabras que acaben en *-ismo*, que ahora están pasadas de moda y se deben reemplazar con términos que acaben en *-ción*, pues al parecer es un signo de no se sabe muy bien qué tipo de distinción. Señala también la tendencia inflacionista de vocablos contruidos con los sufijos en boga (el estudio de la opresión social y política pasa a denominarse el estudio de las *opresividades*, por ejemplo, mientras que las reformas educativas se convierten en *educatividades*) o con los prefijos que están a la orden del día (y así se añade la *intereducacionalidad* a los numerosos términos que empiezan por *bio-*, *ciber-*, *hetero-*, *homo-* o *tecno-*). “No se preocupen si no entienden del todo bien lo que quiere decir una palabra –nos tranquiliza–. Con la correcta combinación de prefijos y sufijos lo más seguro es que lleguen a algo que dé la impresión, si no de ser profundo, sí al menos de estar a la última”. A estos tics se les podría sumar la costumbre por pluralizar –un catedrático puede sentirse orgulloso por la actitud subversiva con que escribe palabras como *resurgires*–, que aporta a los términos un aura de complejidad aun cuando todos somos conscientes de que, por definición, describen múltiples situaciones.

“La escritura académica está podrida”. El autor de esta afirmación desilusionada pero honesta es todo un catedrático de psicología en Harvard. Steven Pinker, en un artículo fríamente

titulado "Why Academics Stink at Writing"¹⁷ halla en los textos académicos una amplia variedad de fallos que cualquier editor ajeno a este gremio rechazaría. Su recopilación incluye ejemplos de metadiscurso (la tediosa manía de insertar indicadores tales como "en el párrafo precedente, hemos tratado de demostrar X; en este párrafo nos centraremos en la cuestión Y", etcétera); de narcisismo profesional (incluir un resumen de todo lo que a uno se le ha exigido que lea durante el desarrollo de una tesis que en realidad resulta muy sencilla, pero cuyo autor es incapaz de exponer en un único párrafo); de una visión exagerada de lo arduo que resulta un tema, o del desafío que supone en realidad (recuérdese la dificultad abismal que se le atribuye al estudio de los procesos de aprendizaje de los niños); del uso de comillas para marcar palabras comunes ("aprendizaje" y "niños"); del uso de limitadores del discurso (*por así decirlo, hasta cierto punto, en mayor o menor medida, en parte, aparentemente, yo defendería, etcétera*) para marcar una distancia subjetiva entre una afirmación que no se está dispuesto a sostener del todo; o de metaconceptualización (decir "al abordar este tema desde el punto de vista de la aplicación de la ley" en lugar de "llamé a la policía" o "empleando un modelo que rebaje el nivel de prejuicios" en lugar de "reducir los prejuicios"), que convierte la realidad o la actividad más nimia en algo equivalente a un concepto. Para finalizar, Pinker alude a la incapacidad de los autores para guiar al lector paso a paso por su argumentación.

En esta crítica a sus colegas, Pinker pone en cuestión la creencia extendida de que todo discurso científico debe ser una jerga opaca solo apta para iniciados. También rechaza la típica acusación de que los académicos emplean un lenguaje pretendidamente opaco para que nadie pueda entenderlos. Si bien esta sospecha puede justificarse en algunos casos, según Pinker lo que entra en juego es otra serie de factores más importantes

Entre ellos está el hecho de que los investigadores se encuentran acorralados por la economía institucional y por el concepto sacrosanto de los trabajos científicos revisados por colegas, lo cual les lleva a desarrollar una forma de redactar cuyo objetivo no es comunicativo ni de intercambio, sino una "presentación de sí mismos" que cumpla con los estándares del entorno en cuestión. A esto podría añadirse la indiferencia, o más bien el desdén, que los profesionales del ámbito académico sienten hacia el público general, a pesar de que la mayor parte de sus actividades se financie con dinero público. A menudo los artículos se escriben, se editan, se imprimen y se distribuyen (sobre todo entre quienes hayan hecho alguna contribución a ellos) para que sus autores puedan sumar un nuevo renglón a sus currículums. A medida que va pasando el tiempo, a la gente dejan de importarle el nivel de la redacción o los lectores, ya sean reales o imaginarios: se van volviendo incapaces de concebir los procesos mentales de cualquiera que no esté ya inmerso en su campo de actividad. El resultado es regresivo. "Si un niño de tres años ve cómo alguien esconde un juguete mientras otro niño se encuentra ausente, el primero asumirá que, cuando entre, el segundo niño irá a buscar el juguete en el lugar donde este se encuentra, y no donde lo vio por última vez", escribe Pinker para ilustrar la cualidad infantil de muchos investigadores, incapaces de imaginarse un estado de conciencia distinto del suyo propio.

Escribir con claridad es, efectivamente, mucho más difícil que hacerlo de forma opaca. Nicolas Boileau creía que "todo lo que está bien concebido se expresa con claridad y las palabras para expresarlo fluyen con facilidad". Pinker es más negativo: "Cuando Calvino le explicó a Hobbes que 'con un poco de práctica, la escritura puede volverse tan intimidante como una niebla impenetrable' lo entendió al revés. La niebla es fácil

para los escritores: es la claridad la que requiere práctica". Pese a que la escritura no se puede dissociar del pensamiento, los académicos la descuidan y, en consecuencia, terminan malinterpretando su propia profesión. Algunos incluso desdeñan las obras críticas que, concebidas fuera del entorno académico, se dirigen tanto a personas de la rama como a los legos. Así y todo, como escritores, ¿cuántos profesores de universidad están a la altura de autores como Naomi Klein a la hora de contribuir a que la ciudadanía amplíe sus conocimientos y desarrolle un pensamiento más profundo? Un académico puede mirar por encima del hombro hacia el trabajo de un periodista de investigación como Greg Palast, sin reflexionar jamás sobre su propia incapacidad para producir nada tan incisivo ni iluminador.

No puede resultar muy sorprendente, pues, que los profesores universitarios dediquen su tiempo a crear diapositivas multimedia en lugar de libros. ¿Qué otra cosa podemos esperar de gente que necesita tantas muletas tecnológicas para ir de un sitio a otro? Como apuntó Franck Frommer en su libro *El pensamiento PowerPoint. Ensayo sobre un programa que nos vuelve estúpidos*, las diapositivas generadas por ordenador no se utilizan para complementar actos de comunicación: los vuelve ineficaces. En cuanto alguien empieza a depender de este dispositivo prostético, pasa a estar prácticamente obligado a basar sus enseñanzas en una serie de clichés que nunca van más allá de ser meros términos de moda con carga ideológica, a emplear ilustraciones de un valor estrictamente anecdótico y a disparar argumentos que reducen toda idea a la forma de eslóganes simplistas, entre los que se establecen jerarquías brutales. Para terminar, las oraciones completas como tales están desapareciendo del mundo universitario junto a las conexiones lógicas, las relaciones sutiles, las paradojas y los matices a los que estas pueden dar cabida. La cualidad diagramática del PowerPoint sumerge al cerebro en

una maraña de códigos incomprensibles. Por ejemplo, ¿cuál es el verdadero significado de las cajas en las que se insertan categorías enteras de actores o el de las flechas de un organigrama que se supone que ha de ilustrar las dinámicas de una organización? Tras observar en algún congreso el pánico que exhiben los miembros de la academia que dependen de este programa, no podemos por menos de concluir que el PowerPoint erradica la autonomía de la mente.

LOS PEQUEÑOS INTELECTUALES

En 1951 un catedrático canadiense de Lengua Inglesa, Marshall McLuhan, identificó a Clark Kent como el símbolo del académico del siglo xx. El doble civil de Superman es el verdadero héroe de la historia que, recordemos, concibieron originalmente dos adolescentes. El inepto reportero parece encarnar al intelectual de la época, ingenuo y torpe. Al considerarse a sí mismo un don nadie, Kent se limita a alimentar fantasías de grandeza (que hoy se expresan con ideas como la excelencia y el prestigio). Ya sea un ciudadano patético o un superhéroe con capa que corre múltiples peligros, la fascinación de los estadounidenses con este personaje es indicadora de la pérdida absoluta de la relación de este pueblo con el pensamiento estructurado. Según el análisis propuesto por McLuhan en *La novia mecánica*, Superman encarna la abdicación de la responsabilidad de pensar. A su modo heroico, dicha abdicación se demuestra por su carácter unilateral, por la manera en que reduce la idea de justicia a una simple cuestión de fuerza y por la asunción, ajena a cualquier proceso de instrucción o experiencia, de que posee un "conocimiento sin fallo sobre todas las cosas". Su impaciencia para con "los laboriosos procesos de la vida civilizada" y su

marcada afición por las “soluciones violentas” son igualmente claras manifestaciones de su vanidad. Habida cuenta del fracaso que cosecha en su vida civil, viene a reflejar “la derrota psicológica del hombre tecnológico”.¹⁸

McLuhan define este periodo como uno en el que los centros de investigación y de enseñanza estaban perdiendo todo respeto por sí mismos. A través de la participación de estas instituciones en “la educación tecnológica y especializada”,¹⁹ marcada en primer lugar por la economía de guerra y después por un sistema industrial que programaba la obsolescencia de los productos de consumo para asegurarse la renovación, la vida intelectual se vio inmersa en un caos absoluto. “¿Producción destinada al uso? Sí. Pero a un uso lo más breve posible, en consonancia con el amañío del mercado y el aumento piramidal del beneficio”.²⁰ Los trabajos de investigación que emergen de este proceso estaban tan desincentivados en términos morales que, al final, lo único que importaba a los científicos era el alcance de la financiación para sus investigaciones, su laboratorio y su institución. Su vida profesional –la vocación ya no era un factor– quedaba estrictamente limitada, más o menos como le ocurre a Clark Kent. Tal como señala McLuhan, “cuanto más pequeño y más mezquino sea el hombre, más anhela poseer [...] poderes sobrehumanos”. Para McLuhan, “la clave de Superman es el inútil de Clark Kent”.²¹

Mientras ciudadanos, pensadores y científicos no encontraban razón alguna para considerarse algo más que una pieza del engranaje de una enorme maquinaria, la enorme maquinaria, por su parte, adquiría un aspecto heroico a medida que iba recabando en su interior toda la fuerza de trabajo a su disposición. “El gran poder físico e industrial”²² sabe cómo someter a los académicos a su autoridad y que estos se conviertan en empleados suyos y contribuyan a aumentar sus beneficios.

Quienes se someten a la formación [universitaria] únicamente porque los vinculará más eficazmente a un gran mecanismo económico y burocrático están dedicando sus mejores años y facultades a esclavizarse. Están aprovechando todas las oportunidades que se les presentan para obtener los medios económicos que les permitan ser exactamente iguales a todos los demás.²³

Los investigadores que toman la determinación de limitarse a permanecer entre los confines del pragmatismo se están sentenciando a sí mismos a la pequeñez. Ven la industria a gran escala, el ejército, la burocracia del Estado y las organizaciones financieras internacionales como superpoderes a los que están sometidos, en tanto que “multitud de individuos desposeídos de poder, muchos de los cuales se sienten profundamente resentidos por su condición”.²⁴

La de Superman es la imagen del héroe erigido sobre la base de las destrezas académicas, pero –como el Leviatán de una era individualista– hace que el ámbito académico se vuelva pequeño y desdeñable. No resulta sorprendente, pues, que la historia de este oscuro objeto de deseo nos cuente que alcanzó un carácter predominante y que se le atribuyó ese nivel de verosimilitud a manos de graduados universitarios. Fueron ellos los que echaron mano de su experiencia y conocimientos para servir a los intereses de las producciones estéticas que convirtieron a este emblema del sufrimiento reprimido de la época en algo aún más fascinante. Las empresas capitalistas de producción convirtieron al personaje de cómic en el protagonista de un serial radiofónico; después vinieron los dibujos animados y las patéticas adaptaciones televisivas; por primera vez se puso a prueba una serie de rudimentarios efectos especiales en las películas; finalmente, la ciencia brindó la gran proeza de las imágenes

generadas por ordenador que de tanta aceptación han gozado en el siglo XXI. Los conocimientos tecnológicos han ido brindando a la estética del personaje un aspecto cada vez más real, como si el objetivo fuera ir desplazándolo de la representación a la presentación, de la narración a la alucinación. El tráiler de la célebre versión estrenada en 1978 ya ponía el énfasis en los avances mediológicos (“la impresionante tecnología del cine”) que de repente lo convertían en un personaje más plausible. En 2013 seguía prevaleciendo el mismo discurso: ridiculizamos el uso anticuado de dispositivos neumáticos e imágenes superpuestas, al tiempo que elogiamos los recursos técnicos que entonces ya daban a Superman una imagen realista hasta el extremo. De repente, estos recursos técnicos iban a la par con el propio superhéroe.

Los técnicos de la imagen desempeñan su papel, pero hay otras personas involucradas en el proceso. Hay psicólogos y neurólogos que monitorizan el efecto general de las tramas en los espectadores. Las historias se han de modificar con arreglo al clima psicológico y las cuestiones políticas del momento, para mantener viva la ilusión entre el público. ¿Superman debe ser sensible o duro, falible o invencible, capaz de resistir envites o tendente a la ira? Los científicos trabajan con grupos de sondeo, encuestas, análisis y teorías para rediseñar los personajes de la mejor manera posible. Marie Bénilde ha diseccionado inmisericordemente el papel clave desempeñado por las investigaciones universitarias –en psicología, neurología y semiología, por no hablar de la ciencia computacional, la ingeniería, el *marketing* y la gestión empresarial– cuando se trata de camelarnos y manipular nuestras mentes.²⁵ Esta afirmación nunca ha sido más cierta. Gracias a la neuroestética y, sobre todo, a la neurocinemática desarrollada por el psicólogo Uri Hasson en la Princeton University, el arte de contar historias ya no se basa

en generar “pena y terror” –los elementos ya anticuados que antes se preciaban de tener capacidad catártica– para provocar la identificación del espectador, sino en un agudo análisis de la corteza prefrontal medial, la parte del cerebro que se enciende cuando un sujeto se dice a sí mismo: “¡Yo soy exactamente así!”, aun cuando esté ante escenas e historias muy diferentes entre sí. Los grupos de sondeo ya no son estudios de lo que le gusta o no le gusta a una serie cuidadosamente escogida de espectadores. Ahora se emplean imágenes funcionales de resonancia magnética para estudiar las reacciones que tienen lugar en los cerebros de esos espectadores. La mayor parte de estos estudios está lejos de ser desinteresada: el objetivo es averiguar cómo conseguir que las mentes vean con buenos ojos a –y se identifiquen con– personajes que a menudo tienen una profunda carga ideológica. En concreto, hay técnicos formados en universidades que han contribuido al desarrollo de la figura de un superhéroe icónico concebido para redimir a importantes instituciones; en este sentido, desposeen su praxis de toda nobleza de intenciones, al tiempo que las productoras de Hollywood se convierten en los mayores beneficiarios de sus investigaciones.

‘SEGUIR EL JUEGO’

Es una experiencia genuinamente triste leer tantos relatos descarados de la labor científica inútil, de la autocensura que la goberna y de los abusos de toda condición que se observan en los campus. A medida que uno se va familiarizando con los informes, las publicaciones y los documentos que se redactan en la actualidad y en torno al tema del mundo académico, es muy fácil predecir que no habrá protestas por parte de las instituciones que lo forman. La universidad ha sufrido una transformación

enorme y perversa. El acierto de este diagnóstico lo demuestra la incapacidad de dicha institución para dar respuesta a sus críticos, entre los que se incluye un número de valientes profesores que se pronuncian desde dentro del sector.

Las relaciones en el ámbito universitario son tan nocivas que el sociólogo Alexandre Afonso, que da clases en el departamento de economía política del King's College en Londres y que ha estudiado las estructuras del tráfico de drogas, no duda en comparar los patrones estructurales de la universidad con los del crimen organizado. Su artículo "How Academia Resembles a Drug Gang", publicado en 2013 en la página web de la London School of Economics and Political Science, compara los niveles de ingresos marcadamente desiguales que se observan en las redes de traficantes de drogas –cuyos vendedores callejeros perciben un "salario" miserable, mientras los grandes capos obtienen pingües beneficios– con los sistemas de compensación que prevalecen en los centros universitarios. Afonso se pregunta por qué los traficantes de poca monta están dispuestos a trabajar por tarifas que a veces no ascienden ni al salario mínimo. La respuesta, según dice, es que "la perspectiva del enriquecimiento futuro, más que los ingresos y las condiciones laborales actuales, son los principales argumentos para permanecer en el ámbito: los traficantes de menudeo aceptan sus ingresos actuales a cambio de una (incierta) fortuna futura [...]. Están dispuestos a 'hacerse ricos o morir en el intento'".²⁶

Basta con esta esperanza para atraer el número suficiente de candidatos como para garantizar que siempre haya alguien dispuesto a realizar ese trabajo. Exactamente igual que los capos de la droga, los gestores de centros universitarios, los miembros de juntas directivas y los profesores coinciden en no sentir la necesidad de asegurarse de que la riqueza que perciben se

distribuya de una manera equitativa. Aludiendo a la "dualización", Afonso compara el sistema con una fortaleza: quienes consiguen entrar disfrutan de los beneficios al completo y dejan a todos los demás con apenas la esperanza de poder unirse a ellos. Mientras esperan, tanto los traficantes de poca monta como los estudiantes de doctorado que han quedado en la cuneta pueden llegar a cobrar salarios bajísimos, de unos 900 dólares mensuales. Los investigadores precarios excluidos alternan contratos por bajas cuantías con aterradoras temporadas de vacío, en momentos cruciales de sus vidas en los que sin duda preferirían avanzar en sus investigaciones y tener hijos.

Según Marie-Ève Maillé, doctora en Comunicación, a los estudiantes de posgrado los instrumentalizan los profesores, que necesitan externalizar su exceso de tareas a cambio de poco dinero.

Los profesores de universidad ya trabajan demasiado, pero encima se les exige continuamente que hagan todavía más. Se da por sentado que necesitan que los doctorandos les redacten buena parte de los artículos académicos que tienen que generar cada año, como si estos conocimientos pudieran producirse al mismo ritmo que unas salchichas de baja calidad. También necesitan que los doctorandos impartan muchos de los cursos que ellos ya no pueden dar porque están demasiado ocupados asistiendo a reuniones del departamento o del comité lectivo, o a cualquier otra de las muchas reuniones que llenan sus agendas. Y también necesitan que los doctorandos redacten extensos apartados de las solicitudes de becas y subvenciones que no dejan de rellenar como apostadores compulsivos frente a un terminal de

lotería por vídeo: en cuanto llega una ayuda, tienen que empezar a solicitar la siguiente. En este sistema, lo que no queda claro es cuándo encuentran el tiempo para gastar todo el dinero que reciben.²⁷

El mundo académico tiende a producir resentimiento entre los estudiantes de doctorado. Para evitar esta deriva, Tiphaine Rivière, una alumna de posgrado que no llegó a presentar su tesis, escribió una cáustica novela gráfica que describe los muchos aspectos abusivos de la vida universitaria.²⁸ En ella describe las mortíferas luchas internas entre los profesores que utilizan a los alumnos como extensiones de su poder, así como las relaciones intelectuales con profesores basadas en ambigüedades retóricas, cursos breves impartidos de forma voluntaria y trabajos administrativos mal pagados. Entre los resultados figuran las rupturas sentimentales, el aislamiento, grandes cantidades de egocentrismo y depresiones frecuentes.

Por supuesto, el hecho de que en los países occidentales haya tantas personas con doctorados —el número ha ido en aumento— tal vez pueda explicar por qué algunas de ellas están en paro. Pero las condiciones objetivas del mercado de trabajo también han ido cambiando a lo largo de los años. En Alemania, según Afonso, hay pocas estructuras que permitan trabajar a los investigadores recién doctorados. En Estados Unidos, “más del 40% del personal académico de las universidades son actualmente trabajadores a tiempo parcial sin titularidad en el puesto o lectores adjuntos a los que se paga por curso impartido, sin seguridad social ni ninguna otra de las prestaciones que vienen aparejadas a una relación laboral normal”.²⁹ En Canadá hay tres veces más doctorandos que puestos lectivos de carácter permanente que ocupar en las universidades. Según una fuente del Gobierno galo, en Francia la proporción de desempleados

es mucho mayor entre doctorados que entre titulados con un máster y, de los doctorados que sí encuentran empleo, el 32% desempeña trabajos que no precisan de las destrezas desarrolladas en sus áreas de investigación.³⁰ El énfasis que hoy se pone en la obtención de ayudas y en la publicación de trabajos de prestigio lleva a administradores y docentes universitarios a minimizar la importancia de dar clases y a delegar tales tareas en personal mal pagado.

Al trazar una serie de analogías entre la universidad y la mafia, Alexandre Afonso podría haber aludido a la retórica del juego que prevalece en ambos entornos. Si *seguir el juego* es una frase habitual en el ámbito académico, ese juego es poco menos que una referencia mítica del mundo criminal. *The Wire*, una serie de televisión que pretende esbozar un relato sociológico ficticio del tráfico de drogas y de su represión, brinda un estudio de los inagotables y a la vez problemáticos sentidos en los que una organización se puede basar en la idea del juego. En los círculos rigurosamente jerárquicos tanto de los narcotraficantes como de las instituciones públicas y privadas (partidos políticos, fuerzas policiales, medios de comunicación, centros académicos) las reglas del juego imponen su ley ciega y sus cobardes intuiciones. Pensar de esta manera en las relaciones con el mundo implica una abdicación de la mente. *Seguir el juego* tiene demasiados significados contradictorios como para poder escapar de la arbitraria realidad de las descarnadas relaciones de poder y los vergonzantes tejemanejes encubiertos. Y, sin embargo, la expresión *seguir el juego* oculta por completo la verdadera situación: solo con estas tres palabras se aporta a las cosas una apariencia inofensiva, juguetona, casi infantil.

Pareciera que el juego consistiese, en primer lugar, en una serie de normas y procedimientos no escritos, informales pero frecuentes, que se deben acatar en un determinado entorno para

alcanzar las metas que uno se marque. Seguir el juego conlleva participar de un cierto número de rituales que no son obligatorios (dejarse ver en un acto vespertino, hacer una donación llamativa a una determinada organización benéfica, felicitar a un colega por un artículo excelente que no hemos leído), pero que son indicadores de la lealtad de uno para con un grupo, una red o una institución. Sin embargo, el lado oculto de estos ritos sociales es violento. La no adhesión a la red se castiga con la muerte, ya sea simbólica o con balas de verdad. Una despiadada autoridad impone las reglas no escritas. Y, dado que estas reglas no siempre están claras, el juego en sí tampoco lo está; incluso fijar las reglas del juego pasa a ser un juego, y el juego, al final, no es tanto una serie de normas como una dinámica de poder establecida por actores que procuran imponer sus reglas a los demás.

El juego, de hecho, tiene dos caras. Parece un deporte o una guerra (latente), circunscrita a un marco que no aporta ninguna claridad. Y, básicamente, en dicho juego en realidad no hay regla alguna, vale todo. Ya sabemos que *seguir el juego* significa alejarse del terreno de lo formal: puede que implique hacer trampas, o actuar de un modo frío e inhumano que incluso puede llegar a conllevar un comportamiento directamente violento o criminal. Se da por hecho que a algunos los van a pillar. Perder, sin embargo, no pone fin al juego. Al contrario, es parte de él, como caer en la casilla de *vaya a la cárcel*: las penas de prisión o la precariedad no son más que posibilidades cotidianas. Si los enredos de alguno acaban por resultarnos letales a nosotros, nos tocará morder el polvo en el intento de obtener un puesto o una ayuda que merecemos legítimamente. “Así es el juego, tío”. El juego viene con una serie de reglas jerárquicas que van desde lo puramente convencional a lo directamente hostil. Puede que haya un repertorio de convenciones relacionadas con la lealtad,

una serie de medidas punitivas para aplicar en caso de error, incluida la expulsión aleatoria cuando nos fulmine un orden antagónico que imponga una serie nueva de reglas al conjunto del juego. Es aún más crudo, pues el juego implica una autoridad en estado puro que se desata en el marco de un sistema competitivo representado tanto por el capitalismo como por el poder de la mafia. Ambos pueden desarrollar métodos en los que se incluyan leyes y códigos de honor, pero esto solo se hace para generar desconcierto.

De hecho, *jugar* en el sentido de ‘acatar las reglas’ es solo para los más débiles. Para quienes piensan a lo grande, *jugar* significa contemplar la situación abarcándolo todo para así, determinando las reglas de forma arbitraria, poder llegar a dominarlas. Tal como afirma el profesor Paul Allen Anderson de la University of Michigan en un artículo sobre *The Wire*, significa “permanecer a la cabeza del juego imponiendo sobre él una autoridad interpretativa”.³¹ Para quienes lo dominan, el juego es de una competitividad feroz: una lucha de poder basada en medios completamente arbitrarios determinará quién va a permitir jugar a los demás, estableciendo una dinámica de poder seminstitutionalizada en un determinado territorio, o en un área de influencia, donde uno ha podido imponer una ley no escrita. Varlam Shalámov, que sabe de lo que habla, asegura que no se puede llegar a controlar el juego a través de la improvisación: el dominio es algo que se va consiguiendo. En sus *Crónicas del mundo del hampa* escribe:

No basta con robar, tienes que pertenecer al ‘orden’ [de estafadores congénitos] y esto se consigue no solo a través del robo o el asesinato. Sin duda, no a todos los ‘pesos pesados’, no a todos los asesinos se les reserva un lugar de honor entre los delincuentes solo por el

hecho de que sean ladrones o asesinos. Cuentan con sus propios 'guardianes' de la pureza moral, así como con sus más fundamentales 'secretos del oficio', según los cuales se rigen [...] las leyes generales de este mundo (que, como la vida misma, están sujetas a cambios).³²

El juego es un eufemismo que se refiere a otro orden político: un orden que está mal estructurado, del que no pueden hablar ni siquiera quienes año tras año garantizan su existencia y que es arbitrario, impredecible y, por supuesto, decididamente antidemocrático. Que fuera democrático implicaría que se pudiera deliberar en conjunto sobre sus reglas, sobre su justificación y sobre el rigor con que estas deberían aplicarse. Nuestro modelo, el maestro estafador, primero se posiciona a sí mismo en relación a un psicótico sistema legislador que le pertenece únicamente a él: se basa en la dinámica de poder que consigue establecer. Las reglas formales (leyes, regulaciones, protocolos, etcétera) tal vez sigan existiendo, por supuesto, pero están ahí para que las infrinja o las instrumentalice. En todo caso, los actores con poder ostentan una posición desde la que se puede supervisar el juego. Quienes establecen la dinámica del juego pueden recurrir a las leyes reglamentarias para derrotar a un rival, o para desacreditar una idea, o para aplastar un movimiento popular. Cualquiera que se diga a sí mismo "yo no vivo como vosotros, yo tengo mi propia vida con otras leyes, otros intereses, otra definición del honor" es, a su manera, un maestro estafador. Según Shalámov, la ética que se deriva de todo esto conlleva abusar del prójimo en virtud de una filosofía de la degradación.

Para quienes están sometidos a él, el juego consiste básicamente en engrasar la relación con quienes lo establecen arbitrariamente. Una vez dentro de un laberinto de normas que por

lo general resultan desconcertantes, tratan de no llamar la atención de ninguna manera, para así evitar los castigos que infligen sus semejantes o los agentes de autoridad del ámbito en cuestión. Como mucho, intentarán permanecer a flote en cualquier situación, hacerse un hueco y mantenerlo ante circunstancias que se escapan por completo a su control y cumplir siempre con las expectativas tal y como ellos las entienden. *Seguir el juego* significa restablecerlo cada quien a su manera, o reclamar una parte del mismo para uno, consolidar lo que uno considera que son sus reglas y sumar puntos si se encuentra a otras personas de las que abusar o a las que engañar. Los mediocres insisten en seguir pidiendo más: les gusta demostrar que no hay quien los engañe y harán cualquier cosa por evitar que los expulsen del juego. Son las mentes poderosas que "lo pillan". Por supuesto, su enfoque estratégico, a menudo beligerante, destierra del juego toda posibilidad de pensamiento desinteresado. Su predominio conduce inevitablemente a la muerte social del pensamiento.

¿Con qué acabamos cuando aplicamos principios liberales (esto es, de mercado) en ámbitos en los que resultan irrelevantes? Paso a paso, los gestores de los centros universitarios van adoptando determinadas formas de hacer con las que acaban poniendo en marcha operaciones que lindan con lo ilegal o que son completamente ilícitas. Tras varios escándalos que pusieron al descubierto la financiación ilegal de diversas instituciones políticas de Quebec con fondos procedentes de organizaciones criminales de la industria de la construcción, Michel Seymour, profesor de Filosofía de la Université de Montréal, ha ido monitorizando distintas operaciones y recuerda una y otra vez que la mayor parte de las inversiones en investigación llevadas a cabo por las universidades y por el Gobierno de Quebec en los últimos años se han producido en el sector inmobiliario.³³

Entre dichos planes hay dos hospitales universitarios, el proyecto de un campus de la Université de Montréal sobre el antiguo patio de maniobras de una estación ferroviaria en Outremont, el proyecto del Îlot Voyageur lanzado por la Université du Québec à Montréal y el de un rascacielos que la misma universidad quiere construir cerca del Quartier des Spectacles de la ciudad. A este listado podemos añadir los edificios erigidos por las universidades en zonas alejadas de su territorio natural, como el campus de la Université de Sherbrooke en Longueuil o la Université de Rimouski en Lévis, todos parte de una competición sin sentido entre centros que se disputan la misma bolsa de potenciales alumnos. También podemos hacer mención de las abrumadoras cantidades que los gestores de distintas universidades deciden percibir como salario: en marzo de 2012, Radio-Canada estimó que los rectores de las universidades de Quebec percibían más de medio millón de dólares al año entre salarios y otras prestaciones, mientras que en países como Francia a los rectores se les pagan sueldos que oscilan entre los 60.000 y los 150.000 euros. Los presidentes de las universidades norteamericanas parecen estar convencidos de que también a ellos deberían aplicárseles los extremados estándares marcados por las juntas directivas de las multinacionales.

Luego están los fracasos estrepitosos relacionados con algunos de los paraísos fiscales más controvertidos del mundo. Los problemas surgen con facilidad cuando las universidades deciden dejarse guiar por exalumnos de confianza. Los administradores de la Université de Montréal provocaron que el plan de pensiones del centro (RRUM), que pertenecía a sus diez mil empleados, perdiera un millón de dólares al confiársele esta suma a un fondo de las Islas Vírgenes Británicas. Germain Bourgeois, responsable de las inversiones de la universidad entre 1998 y 2000, invirtió hasta en cinco ocasiones el dinero

del plan de pensiones en un fondo de cobertura de las Islas Vírgenes Británicas gestionado por el Lancer Group, que también está presente en Delaware, un estado norteamericano que a su vez funciona como paraíso fiscal. El director del fondo de cobertura, Michael Lauer, insistió en sobrestimar el valor de las inversiones reales hasta perder la totalidad de las mismas. La universidad no fue la única “pringada” en esta operación. También picaron la ciudad de Laval y algunas empresas privadas:

Hay documentos que demuestran que también convencieron a Bombardier, a la Fondation Lucie et André Chagnon, a Desjardins, al Banco nacional y a la Escuela politécnica para que invirtieran en este fondo; al parecer, todos siguieron el consejo de Germain Bourgeois. En total, las inversiones confiadas a Lauer desde Quebec al parecer ascendieron a unos 500.000 millones de dólares.³⁴

Todo este dinero ha desaparecido. Las operaciones del Lancer Group las ha investigado la Comisión de Bolsa y Valores estadounidense (SEC, por sus siglas en inglés), la agencia que regula el mercado de valores americano. Finalmente, a la empresa se le impuso una multa de 72 millones de dólares, aunque no se la llegó a denunciar formalmente por fraude.

En cuanto a las Islas Vírgenes Británicas, son uno de los destinos preferidos para la piratería financiera, algo de lo que la universidad estaría al corriente si formara a la gente en la crítica a los paraísos fiscales, en lugar de en su utilización. Según el Índice de Secreto Financiero establecido por la Red para la Justicia Fiscal para valorar la falta de mecanismos de rendición de cuentas en distintas legislaciones, el de las Islas Vírgenes Británicas es un régimen ultrapermisivo en el que el secreto bancario y la

ausencia de cualquier clase de normativa seria brindan cobertura al defraudador que elija darse de alta en el país. El Fondo Monetario Internacional informa de que una gran cantidad de empresas ha destinado a este pequeño archipiélago unos 615.000 millones de dólares. En última instancia, sin embargo, es imposible saber si esta cifra refleja con rigor la cantidad de capital que se concentra en las islas. Para la Red para la Justicia Fiscal, la de las Islas Vírgenes Británicas es una de las demarcaciones más dañinas del mundo. El diario *Le Monde* ha informado de que hay inversores inmobiliarios chinos, entre ellos Deng Jiagui, cuñado del presidente Xi Jinping, que están recurriendo a este escondite, antiguo destino favorito para mover fondos ilegales de los amigos serbios de Slobodan Milošević.³⁵ El viticultor francés Dominique Giroud también empleó una entidad *offshore* radicada en las Islas Vírgenes Británicas, lo cual le llevó en 2012 a que en Suiza lo acusaran de “haber ocultado trece millones de francos a las autoridades fiscales a través de un complejo entramado financiero en el que intervinieron una firma de la ciudad de Zoug y otra firma *offshore* ubicada en las Islas Vírgenes Británicas”.³⁶ Una filial británica de Sonatrach, la empresa petrolífera nacional de Argelia, le debe al fisco de su país los 45 millones de dólares que depositó en tan acomodaticia jurisdicción.³⁷

El caso Parmalat, una de las bancarrotas más espectaculares de la historia, acaecida en el cambio de siglo, nos lleva de nuevo a las Islas Vírgenes Británicas, pues este fue uno de los paraísos fiscales a los que la empresa hizo llegar el dinero. En otras palabras, la Université de Montréal podía saber perfectamente, al menos desde la década de 1980 –si no antes– que el régimen libertario de las Islas Vírgenes Británicas no era, de ninguna de las maneras, un destino seguro para depositar sus fondos. Entonces, ¿por qué decidieron los gestores de esta universidad

invertir en aquel país ingentes cantidades de dinero (cantidades que equivalían, en distintos momentos, hasta al 10% de los planes de pensiones de sus empleados)? ¿Por qué hizo lo mismo la Escuela politécnica de Montreal? ¿Qué hacía por entonces la universidad? Presumir de “resultados económicos excepcionales”, tal como se documenta en un artículo de 1998 aparecido en su publicación interna, *Forum*. “El RRUM de la Université de Montréal se está beneficiando de unos ingresos excepcionales y lidera el *ranking* en la categoría de los fondos de pensiones por valor de más de 250 millones de dólares”. Afortunadamente, “los suscriptores del fondo de pensiones que se inquieten al observar las sacudidas del mercado de valores no deben preocuparse. El RRUM sigue gozando de una excelente salud financiera, no solo en 1997 sino también de cara a los primeros nueve meses de 1998”.³⁸ Y los últimos serán los primeros... El asunto se conoció en el seno de la Université de Montréal en 2003, según reveló en enero de 2004 un programa de Radio-Canada, *Zone Libre*.³⁹ Por desgracia, la demanda colectiva presentada por miembros del profesorado se resolvió de manera extrajudicial y una serie de preguntas quedaron sin respuesta: ¿con qué objeto se gestionan los fondos de la universidad? ¿A qué están jugando sus gestores?

Por supuesto, las universidades de Quebec no son las únicas que hacen llegar su dinero a paraísos fiscales. En otoño de 2017, los Paradise Papers revelaron que algunas de las principales universidades tanto norteamericanas como británicas están implicadas de lleno en la inversión estratégica en sociedades *offshore*. Distintos *colleges* de Oxford, Cambridge y Oxbridge “han invertido en secreto decenas de millones de libras en fondos *offshore*, entre ellos una empresa mixta que lleva a cabo exploraciones petrolíferas y perforaciones de extracción en aguas profundas”, mientras que más de cien universidades y

colleges estadounidenses –entre las que se encuentran Princeton, Columbia y Stanford– han invertido en entidades *offshore*. Tanto el fondo de donaciones como el de pensiones de la University of Toronto han puesto dinero en dos paraísos fiscales *offshore*. Estas inversiones a menudo se caracterizan por un alto nivel de confidencialidad: según el investigador de la Yale University Norman Silber, incluso a los miembros de la junta se les mantiene en la ignorancia.⁴⁰

No parece que la disciplina de la Economía, tal como esta se imparte a quienes con el tiempo acabarán gestionando las instituciones universitarias, vaya a evitar este tipo de problemas en el futuro. En cursos en los que lo más habitual es enseñar una ideología, uno de los mitos que se transmiten con una especie de anhelo enloquecido es la idea de un mercado en el que operan actores racionales, los cuales, hasta donde llegan su conocimiento y sus habilidades, toman decisiones con arreglo a contextos específicos. ¿Cuántos estudiantes inteligentes que pretenden comprender las disfuncionales evoluciones financieras e industriales del mundo han descubierto que estudiar en facultades de Empresariales, Derecho o Ciencias Políticas más bien los lleva a sentirse más ignorantes que antes de que los admitieran en ellas? Las instituciones académicas se encargan tanto de producir un discurso ignorante como de pasarlo en relevo.

LOS PERDEDORES

Si por azar un académico no alcanza a comprender por qué siempre se le exigen la reserva, el equilibrio racional y la imprevisibilidad, se emplearán medios brutales para tener la seguridad de que lo acaba entendiendo. Los estudiosos cuyo trabajo desagrada a los intereses del poder pagan por ello: se les

acosa, se les expulsa o ya no consiguen encontrar trabajo nunca más. Dieciséis académicos norteamericanos han descrito esta situación en *Academic Freedom in Conflict*,⁴¹ una recopilación de artículos centrados en los restrictivos criterios y los reglamentos oficiales que imperan sobre –y a menudo asfixian a– quienes tengan puntos de vista críticos o novedosos en el ámbito universitario. También podrían haber señalado las políticas de competitividad y excelencia mediante las cuales los programas universitarios se ven sometidos a los requerimientos de las empresas. La universidad a la que dan forma estas fuerzas podría describirse legítimamente como ya irreconocible o echada a perder en términos morales.

La decepción de quienes han seguido el juego y demostrado su confianza en el régimen –esos a los que los estafadores llaman “pringados”, por emplear el término de Shalámov– puede llegar a ser mayúscula. “Mi titulación me duele”, dijo Catherine Martellini en 2014, al caer en la cuenta de que profiriendo eslóganes como el de “la economía del conocimiento”, la universidad confunde a sus alumnos con palabras vacías.⁴² No es solo que la universidad perjudique la vocación investigadora de los estudiantes a través de una excesiva profesionalización e instrumentalización, sino que además lo hace en vano. ¿Por qué se pasan años formando a doctorandos para después arrojarlos a la selva, sabiendo perfectamente que serán incapaces de proveerles una carrera profesional a más del 70% de ellos? Martellini pone un ejemplo que resulta desolador: un centro financiado por el Estado que sigue formando a hordas de bibliotecarios, mientras los recortes presupuestarios decididos por el mismo Estado llevan inevitablemente a despidos masivos en el mismo campo profesional. Por mucho que se obsesione con la cuestión de la empleabilidad de los estudiantes de posgrado, no da la impresión de que a la universidad le importe que

el público en general entienda la naturaleza de disciplinas que no sean la Ingeniería, la Administración de Empresas, la Medicina, la Psicología, el Derecho y alguna más. A la sociedad que provee de fondos a las universidades no se le facilita una explicación clara de por qué los estudios literarios, o de urbanismo, o de sociología son importantes para su propia existencia y desarrollo, probablemente porque los propios académicos ya no disponen del tiempo para abordar estas preguntas. A la larga, esto hace que los académicos y, sobre todo, los doctores parezcan gente de una condición inevitablemente marginal, cuando, si las universidades se dedicaran a compartir y desarrollar el conocimiento de manera abierta, sus aptitudes serían muy valoradas tanto por sus usos profesionales como desde la perspectiva del ciudadano.

Por lo tanto, *seguir el juego* sale muy caro, tanto si se participa ciegamente como si se nos obliga, porque no queda otra que acatar sus reglas no escritas. Entre los actuales requisitos está la exigencia de publicar en exceso, más allá de las capacidades normales de cualquier persona, hasta el punto de que todo el asunto se convierte en una tortura (una opción es reciclar artículos o firmarlos en grupo para inflar las cifras). También hay que conseguir dinero por todos los medios posibles, incluso aunque al hacerlo se ponga en entredicho la independencia de la investigación –y puede pasar, ya que habrá que seducir tanto a tu comunidad de colegas (los conformistas) como a las entidades que proveen de fondos y que están definidas ideológicamente–. Quienes participen acabarán convirtiéndose en travestis de sí mismos: cuando se vean del todo comprometidos con su papel de asesores gubernamentales y de ideólogos o se vendan a sus amos de la empresa privada, sus personalidades en tanto que académicos se irán vaciando progresivamente de contenido. Por ejemplo, unos documentos obtenidos por Greenpeace

demuestran que a Wei-Hock Soon, un científico del Centro de Astrofísica de Harvard-Smithsonian, recibió dinero de la industria petrolífera por asegurar que las variaciones en el nivel de la energía solar podían explicar el reciente fenómeno de calentamiento global. Al doctor Soon se le veía a menudo en programas de noticias, en congresos o testificando ante el Congreso y en distintas capitales estadounidenses.⁴³ James Creswell, un experto en flores y abejas de la británica University of Exeter, recibió dinero de Syngenta, un gigante de los pesticidas, para que generara estudios que mostraran que la desaparición de las colonias de abejas por todo el mundo no tenía que ver con sus productos,⁴⁴ mientras que Coca-Cola ha financiado estudios científicos en los que se asegura que la obesidad no es producto de las calorías consumidas, sino de la falta de ejercicio.⁴⁵ Se sabe que hay profesores en facultades de Medicina financiadas por las farmacéuticas que minimizan los efectos de determinadas drogas cuando hablan de ellas en clase.⁴⁶ Y en 2010 el documental *Inside Job* demostró que muchos economistas que dan clase en universidades, publican artículos “científicos” y asesoran a miembros de comités institucionales también integran las juntas directivas de grandes empresas financieras o industriales. El caso más revelador es el de Glenn Hubbard, decano de la Columbia Business School.⁴⁷

En 2014 Luc Bonville, profesor de Comunicación de la Ottawa University, publicó un artículo basado en una serie de entrevistas acerca de la creciente presión psicológica que experimentan los académicos. Bajo el encabezamiento “Seguirle el juego al rendimiento”, el autor escribe:

Esta ‘regla del juego’ básica implica que la presión se desarrolla en primer lugar en relación a nuestra propia producción ‘científica’, ya que los profesores *saben* que

tienen que publicar sí o sí. Cuando no publican lo suficiente, algunos desarrollan sentimientos de vergüenza, o incluso de culpabilidad [...]. Porque siempre es posible publicar más. Uno siempre podría llegar a ser más productivo y los demás nunca dejan de compararte con alguien más productivo. Por lo tanto, estás obligado a solicitar ayudas a la menor oportunidad, para seguir formando parte del mundo de la investigación.⁴⁸

El artículo reúne una serie de declaraciones fascinantes como la que sigue, de un reconocido catedrático de Historia:

La presión que se ejerce sobre mis colegas más jóvenes para que soliciten ayudas a la investigación es muy, muy fuerte [...]. Cuando empezaba [a finales de los ochenta], se esperaba de mí que fuera un buen profesor y que publicara mi tesis en forma de libro o en una serie de artículos. No había exigencias. No se me animaba a solicitar ayudas, ni había presión alguna al respecto. Pero ahora mis colegas más jóvenes están metidos en el juego de [solicitar] ayudas.⁴⁹

Muchos denuncian estas condiciones de trabajo, pero, según este estudio, al parecer son pocos los que creen que podrían conseguir algo dando un paso a un lado para distanciarse del actual juego académico –es como si no hubiera alternativa posible, aunque el de los catedráticos sea uno de los pocos grupos socio-profesionales que no tiene por encima a un superior–. Se dedican a seguir el juego y se convierten en emprendedores de forma autónoma. Nadie habla del daño ocasionado por este conformismo con que abordan su labor, que

necesariamente se torna mediocre. Nadie reconoce lo que señaló Yvon Rivard en 2012:

Hoy un *buen* catedrático es el que está exento de impartir clases porque ha obtenido tantas ayudas que debe dedicarse de lleno a investigar sobre un tema que ya conoce, y que ha presentado como proyecto (junto con una bibliografía y un presupuesto) a otros académicos a los que tuvo ocasión de evaluar en concursos anteriores.⁵⁰

Por otro lado, sin dejar de admitir que están sobrepasados y exhaustos, siguen manteniendo malintencionadamente la confusión entre la prolífica publicación de artículos y la “investigación”, por mucho que hoy se entienda que en realidad una cosa tiene efectos negativos sobre la otra y que el reciclaje de contenidos, o el hecho de que mucha gente firme artículos redactados por una sola persona, son prácticas extendidas. Incluso miden sus sensaciones de “no estar haciendo lo suficiente”, de no ser lo bastante “productivos” o no estar alcanzando la “excelencia” en términos cuantitativos: “No me gustaría estar en el tercio de cola [donde se sitúan los profesores de rendimiento más bajo]. Me presionaría a mí mismo para subir hasta el tercio de cabeza”, admite una académica cuya vida se define en la comparación con sus “colegas” (aquellos que participan ciegamente, igual que ella, del mismo juego).

Con un enfoque más analítico, el catedrático Andrée Lajoie opina que este síndrome de culpabilidad es fruto de las condiciones impuestas por las ayudas a la investigación: el asunto es estructural antes de convertirse en psicológico. En su libro *Vive la recherche libre!*, asegura que, desde finales de la década de 1990, los académicos han estado sometidos a programas que, por ejemplo, “favorecen la colaboración entre investigadores

y que los participantes se involucren en el desarrollo de prácticas, intervenciones y políticas de actuación (lo cual implica llegar a acuerdos, así como el establecimiento de conciertos), además de un mayor hincapié en el ‘trabajo de equipo’”. Una consecuencia de que se anime a la creación de tales redes de investigación es que se neutraliza la capacidad de iniciativa y se acentúan el conformismo intelectual, las alianzas estratégicas y los intereses compartidos en detrimento de la “libre investigación”.⁵¹ Lajoie apunta que cuando existe la obligación de asignar tareas de investigación a los equipos, también suele haber cierto apoyo a desarrollos que estén temáticamente “orientados”, y este tipo de enfoque utilitarista se va definiendo con arreglo a las necesidades de diversos poderes institucionalizados. De esta forma, el conformismo se institucionaliza según unas dinámicas perversas que llevarán cada vez a más investigadores, en primer lugar, a compararse con los demás en función de un único repertorio de criterios, y más adelante a competir entre ellos sin dejar de creer que la presión proviene de sí mismos. En Francia, el comité de ética del Centro Nacional para la Investigación Científica (CNRS por sus siglas en francés) estimó, en un documento publicado en mayo de 2014, que someter la investigación universitaria a los criterios de la empresa privada era perjudicial para su desarrollo. Según el comité, “en la práctica, el uso predominante de criterios de excelencia como base para las políticas aplicadas a la investigación entraña riesgos y sesgos”. Esto se debe, entre otras cosas, al hecho de que “difundir las prioridades científicas puede tener un efecto negativo sobre la creatividad de los investigadores”, y a que “cuando la competitividad es demasiado fuerte se producen distorsiones y una pérdida de eficiencia”.⁵²

A diferencia de Lajoie, los expertos en ética del CNRS opinan que las reglas basadas en la individualidad llevan al desarrollo

de proyectos de investigación inútiles. Por este motivo, dichos autores recomiendan que la institución “ofrezca un soporte básico y unos recursos humanos suficientes para mantener equipos de calidad que no estén sujetos a los criterios de ‘excelencia’ que se difunden”. El comité lamenta “que el sistema de licitación pública lleva en demasiadas ocasiones a una pugna por ofrecer temas que siempre resulten novedosos y que están más relacionados con modas que con la utilización de recursos”, y que dicho sistema “más bien ampara el desarrollo de comportamientos individualistas”, pese a que “rara vez es una sola persona la que alcanza logros de alto nivel, que suelen ser el resultado del trabajo colectivo”.⁵³ Sea cual sea el modo en que se aborde este fenómeno institucionalizado, la conclusión general es siempre la misma.

Estas críticas acaban derivando en una comprensible desgana entre quienes se dedican al arte de enseñar. Los autores a los que se invitó a participar en un número de la revista *Contre-jour* centrado en la imaginación y la enseñanza trataron de mantener posturas que aún les permitieran dotar al aula de un significado potente, como el de un espacio donde uno aún puede llegar a fascinarse “por un flujo de palabras que te deja inmóvil a medida que te concentras”, o considerarlo el último lugar donde no se tolera la estupidez, el lugar donde hallar la emancipación a través de una paradójica relación de normas, o el lugar que te ofrece los primeros recuerdos íntimos de un amor poderoso y crudo que llegarás a cultivar mucho más adelante.⁵⁴ Muchos de estos autores han tenido que atravesar laberintos de desilusión para alcanzar tales posiciones. Sabios o resignados, está claro que les resultaba difícil pasar por encima de la decepción y la crítica de la realidad en el mundo universitario. Desde las islas de la enseñanza honesta, da la impresión de que no puede llegar a imaginarse horizonte alguno.

LOS EFECTOS PERVERSOS

Una alumna francesa de doctorado matriculada en una universidad de Quebec echa mano de la típica figura de una pareja sentimental que incurre en abusos para describir metafóricamente las mil y una tácticas que emplea la universidad para llevar a cabo su forma tan sutil de manipulación. Como pasos de una relación en la que entran en juego tanto la seducción como la fusión con la institución, todo se pone en práctica de manera gradual para que nuestra dependencia quede garantizada. Empieza con el amor a primera vista (eres la mejor, nuestro futuro juntos va a ser extraordinario); más adelante, la universidad presenta unas reglas que solo ella misma entiende. “Va pasando el tiempo y hace tanto que te dedicas a especializarte en un campo tan estrecho que acabas creyendo que el ámbito académico/la investigación no es solo una de las vías de crecimiento personal, sino LA ÚNICA forma de desarrollar todo tu potencial profesional”.⁵⁵ Convertido en prisionero, ya no puedes escapar a una serie de experiencias estructurales que forman parte del programa y que a menudo resultan ser o rituales de humillación absolutamente estériles o formas de chantaje relacionadas con una financiación anémica, o bien manifestaciones de estatus puramente simbólicas: “Tienes que escribir cartas muy largas para explicar por qué necesitas dedicarle un año más a tu tesis y suplicarle al departamento para que te conceda el permiso”. Esta repetición de golpes es característica de la etapa de “pérdida de autoestima”. También es cuando uno se da cuenta por primera vez de las evidentes irregularidades y la naturaleza arbitraria de los procesos de contratación, así como de las heridas prácticamente mortales que estos pueden llegar a infligir.

Llegados a este punto, llevado hasta el extremo y a veces sintiendo repugnancia por uno mismo y hasta por el ámbito de

conocimiento y de belleza por el que uno ha llegado a hacer tantos sacrificios, se empieza a ver cualquier propuesta como si fuera un favor, por mucho que no consista más que en impartir un curso por un sueldo miserable o en participar como dinamizadora voluntaria en un simposio. “Un ramo de flores y la promesa de que todo cambiará, te lo juro”, prosigue la autora, manteniendo la misma metáfora.

Y como te encanta enseñar/dedicarte a la investigación (*lo/la quieres*) y el mundo ahí afuera resulta aterrador (*estás aislada*), y además estás convencida de que nadie va a contratar nunca a una persona tan especializada como tú (*da igual, soy un fracaso, nadie más me va a querer*), mantienes la esperanza de que algún día te hagan fija (*de que tu pareja cambiará y te tratará como mereces*) y no te queda otra que ir dejando que mueran poco a poco (hasta la próxima) tus vagos deseos de reciclarte profesionalmente.

Puede que este tipo de relación no sea siempre una metáfora. El catedrático de Literatura Yvon Rivard describe tanto las virtudes de la enseñanza como el grado de perversión que esta puede alcanzar. La vocación que pretende defender e ilustrar, en tanto que lector de Virginia Woolf, Hermann Broch, George Steiner o Pierre Vadeboncoeur, tiene que ver con presentarles a los alumnos textos que sean dignos de enseñarse, en la medida en que sean vías de mediación con temas más amplios. Estos son los temas que resultan más grandes que uno mismo; tan grandes, de hecho, que un profesor que no esté ya harto vive —con independencia de su contrato laboral y de las tareas que se requieren de él— por y para su propia necesidad de compartir con el aula ese momento de desconcierto que provocan.

“Te conviertes en profesor como te conviertes en escritor, porque tienes la capacidad de experimentar conmociones y la incapacidad de soportarlas sin explicártelas a ti mismo a través de la escritura o la enseñanza”.⁵⁶ Un gran texto encarna algo que va más allá de representaciones previamente manufacturadas y formas de comprensión ya adquiridas. El objetivo de la enseñanza es reconciliar al alumno con esa parte de sí mismo que es capaz de concebir preguntas fundamentales o posiciones estéticas que resulten profundamente desconcertantes. También implica servir de acompañamiento a la otra faceta del estudiante, aquella a la que le cuesta resistir el impacto del texto y traducir su significado íntegro en términos funcionales. En esto, Rivard coincide con el filósofo francés Patrice Loraux, quien defiende que un profesor hasta cierto punto debe traumatizar a sus alumnos, aunque sea mínimamente, para provocar en ellos una necesaria reflexión.⁵⁷ El epistemólogo Dominique Pestre afirma que el asombro ante la grandeza de los temas también se experimenta en disciplinas que erróneamente suelen considerarse de carácter más práctico, tales como la física.⁵⁸ Desde el principio, Rivard va desarrollando una sutil reflexión sobre la muerte y argumenta que el conocimiento nos insta a desarrollar algún tipo de capacidad que nos permita afrontar la muerte y tal vez aceptarla como algo inevitable. Esto significa que nuestros esfuerzos por saber, y también por enseñar, requieren de una relación humilde con el conocimiento.

Como parte de la relación de seducción que está en el centro mismo del proceso lectivo, los profesores en ocasiones abusan de su poder hasta el punto de generar un malestar que puede llevar incluso al suicidio. Contra la idea de que se trata únicamente de “casos aislados”, sitios web como Academia Is Killing My Friends o Depressed Academics reúnen historias de miembros de la comunidad académica a los que ha maltratado el sofocante

y opresivo ambiente del sector. El acoso moral y psicológico, las agresiones sexuales, la discriminación... todas figuran entre situaciones habituales en las que a menudo los alumnos tienen muy poco poder, sobre todo si pertenecen a los colectivos más vulnerables (mujeres, estudiantes extranjeros, minorías étnicas, etcétera). El libro de Rivard se centra en la cuestión ética de las transgresiones sexuales entre el profesor varón y la alumna, y cita escenas extraídas de novelas de J. M. Coetzee, Peter Handke y Philip Roth, desafiando las ideas del ensayista Jean Larose, quien ha desarrollado una teoría que defiende la legitimidad de dichas actitudes. Este tipo de transgresión impide que la alumna siga la trayectoria de conocimiento propuesta por el texto y que la llevaría a formarse, mientras que el profesor que se coloca entre ella y el texto obtiene una lamentable satisfacción. Richard compara esta actitud a la incapacidad antropológica de un joven de sublimar sus deseos inmediatos para poder aprender, por ejemplo, a ser padre.

La violencia encuentra su punto álgido en las universidades estadounidenses, donde la excelencia deportiva y la ética del *work hard, play hard* a veces predominan sobre otras consideraciones de índole intelectual. Las universidades norteamericanas se han ido convirtiendo poco a poco en centros filisteos en los que se cultivan abiertamente la misoginia, el racismo y el alcoholismo, hasta el punto de generar preocupación entre la propia comunidad estudiantil y entre la dirección y el profesorado, así como entre los habitantes de las poblaciones universitarias. Por motivos económicos, las universidades están obligadas a atraer a atletas que prevén dedicarse profesionalmente al deporte, razón por la cual no escatiman esfuerzos en subrayar el lado “sexy” y “divertido” de la vida en el campus. La depravación moral, más atribuible a este tipo de *marketing* y a la permisividad de los administradores que a los propios atletas,

ha propiciado tal cantidad de violaciones que en las universidades estadounidenses ya llega a hablarse de una "epidemia". Según el *Journal of Adolescent Health* cerca del 18% de las mujeres matriculadas en universidades son víctimas de violación o de intentos de violación durante su primer curso.⁵⁹ Este fenómeno, junto a la larga tradición de incidentes de racismo, ha tenido un efecto significativo en el desarrollo de un discurso en sentido contrario: la corrección política se encarga de abordar principios morales elementales como si se trataran de una ciencia y analiza de manera obsesiva los hechos sociales y políticos basándose únicamente en consideraciones de clase, género y raza.

LA ESPERANZA: ESCRITORES EN PARO, DOCENTES PRECARIOS,
MAESTROS IGNORANTES

Cuando el escritor suizo Denis de Rougemont perdió su trabajo en 1933 y se estableció en una casa que le prestaron en la isla de Ré, se describió a sí mismo como *en chômage* y no, como se dice normalmente en francés, *au chômage*, para expresar el estado activo de encontrarse más en el paro que parado.⁶⁰ Cuando tu vocación es pensar, tienes ocupación incluso cuando no tienes trabajo. Rougemont, que era profesor de Literatura, relata aquella experiencia en un diario que se publicó por primera vez en 1945. Para empezar, expresa su sorpresa ante el hecho de que la descripción de algunos intelectuales como desempleados, en contraposición a aquellos para los que pensar sí es una actividad que se les remunera, no guarde relación alguna con la actividad intelectual como tal (esto es, la actividad de publicar y divulgar ideas). A un intelectual se le considera desempleado cuando no encuentra otro "trabajo habitual que le sirva de sustento", aunque dicha ocupación sea marginal con respecto a

su actividad investigadora; la actividad de pensar es gratuita y desinteresada. "La mayor parte del tiempo, el intelectual no precisa más que de papel y tinta. Por lo tanto, jamás estará desempleado en un sentido absoluto, ya que siempre está pensando, pues ese es su trabajo". He aquí uno de los pocos afortunados que escaparon al desempleo en tanto lacra esencial que llega a minar a la persona que la padece. Para el intelectual, el desempleo es un estado de precariedad que poco tiene que ver con su capacidad para trabajar. Cuando está en el paro, su compromiso con su actividad puede llegar a ser mayor que cuando se encuentra constreñido por el horario, los estándares y las expectativas objetivas de un puesto remunerado: "Cuando dejaba de escribir por cansancio, no experimentaba la tranquilidad de conciencia que siente un empleado cuando ha llevado a cabo el trabajo diario y luego puede dedicarse a pensar en otros asuntos".

Por supuesto, la precariedad dificulta la concentración del pensador. A medida que acompañamos a Rougemont durante un periodo de dos años, de la isla de Ré a un suburbio de París y de ahí a la región de Gard, lo vemos sumergirse, no sin ansiedad, en un meticuloso ejercicio de contabilidad, pues intenta mantenerse y mantener a su pareja con lo que recibe por conferencias mal pagadas, traducciones de última hora y artículos firmados como colaborador que cada vez le resultan más absurdos. La providencia interviene y le ofrece un premio académico inesperado. Su situación económica es difícil, pero el joven Rougemont también la encuentra estimulante. Se ve forzado a modificar el foco de su atención, a ajustar su pensamiento a realidades desconocidas para el ámbito del saber burgués y a llevar a cabo incursiones fructíferas en entornos sociales y geográficos inexplorados por sus contemporáneos.

Rougemont ya no concebía al pueblo únicamente como la idea que de él se expresa en los escritos de Nikolai Berdyaev, a

quien estaba editando, sino que lo hallaba también en las necesarias relaciones que establecía con los habitantes de la región de Gard o de la isla de Ré. Para él supuso toda una conmoción: se dio cuenta de que el *pueblo*, tal como se describía en textos humanísticos y en manifiestos emancipatorios, poco tenía que ver con el pueblo con el que él tenía contacto de manera empírica. Tras un acto público celebrado en su aldea, escribió: “Me da la impresión de que con esto aprendo más sobre el *pueblo* que con cualquiera de mis experiencias previas. De hecho, creo que me hace ver al *pueblo* por primera vez en mi vida”. El pueblo con el que entra en contacto a diario es un colectivo que no parece tener la menor idea sobre la intensa reflexión de la que está siendo objeto en ese mismo momento, ya sea en trabajos académicos burgueses o en las publicaciones oficiales del Parti Communiste Français.

Para los no intelectuales, el intelectual que se deja caer por la aldea para impartir una conferencia es a lo sumo un orador sofisticado, tenga o no su discurso alguna relación directa con los elementos tangibles de sus vidas. Rougemont advierte que son pocos allí los que entienden el trabajo que él desarrolla. Cuando lo van a visitar, les impresiona más su máquina de escribir que los textos que esta pueda producir. Su exilio como pensador desempleado le ayuda a entender la naturaleza arbitraria de las convenciones del pensamiento mantenidas de manera artificial por la costumbre profesional de los intelectuales. “Probablemente haya una fatalidad inherente a nuestra cultura: se cautiva, se critica y se legitima a sí misma. Cuenta con sus propias leyes, que le son autosuficientes. Los conceptos se combinan según afinidades o rechazos que en realidad no están presentes en los hechos ni en los seres a los que se supone que representan”. Con humildad, Rougemont desarrolla una autocrítica del deseo de reconocimiento de los pensadores que

no contribuyen en nada a la vida pública y que tienen “poco que aportar a quienes están hambrientos de un sustento sólido y elemental”. Se pregunta: “¿Cuál es la relación entre el hombre con el que hablo y la palabra *hombre* de mis escritos?”. En cuanto se encuentra “lejos de París”, la discrepancia que advierte entre la representación intelectual del pueblo y su relación real con el pueblo resulta en una especie de *shock* sociológico que le lleva a revisar todas sus posturas. “Uno puede dejar atrás las ciudades donde se desarrollan las *carreras* sin dejar atrás una vida real”, escribe, redescubriendo las virtudes de una manera de escribir con la capacidad de “resultar útil, con altura de miras”.

El equivalente actual al Rougemont desempleado podría ser un profesor con un contrato precario en una universidad. Esta clase de docentes, a quienes a veces se designa por términos que reflejan lo bajo de sus estatus, como *temporales* o *adjuntos*, son personas que experimentan síntomas de ansiedad porque no tienen dinero o porque no saben si tendrán un contrato el curso próximo. Los catedráticos los miran por encima del hombro, al tiempo que aseguran envidiar lo “afortunados” que son (ya que, si solo disponen de ese contrato temporal, sin duda tendrán “tiempo para escribir”). Los profesores interinos son los proletarios de la universidad y, estructuralmente, están libres de las principales distorsiones que afectan a la institución. No se requiere de ellos que encuentren a esos clientes que acaban determinando el tipo de gestión de los departamentos, ni que acudan a las reuniones de los comités, ni que hagan contactos a escala planetaria asistiendo a congresos, ni que coordinen ediciones especiales de publicaciones periódicas sobre determinados temas para poder arribar por fin a la Tierra Prometida de la excelencia, ni que produzcan con arreglo a los requisitos de la maquinaria. Solo se les pide que hagan lo que llama a hacer la vocación del docente: profesar, enseñar. Y, salvo que

sean a todas luces incompetentes, los lectores universitarios precarios que profesan, que enseñan y que incluso puede que actúen en entornos distintos del de la universidad acabarán elevando preguntas acerca de las materias que están impartiendo, harán progresos entre sí y, quién sabe, puede que desarrollen ideas originales a un ritmo razonable. Sin embargo, su presencia se considera sintomática de la mala enseñanza. En su libro *The University in Ruins*, el fallecido Bill Readings, que impartía clases de Literatura Comparada en Montreal, presentó el aumento de docentes contratados “temporalmente o a tiempo parcial” como prueba del fracaso de la universidad. Pero, aun cuando es cierto que “el profesorado se está proletarizando”,⁶¹ paradójicamente la presencia de profesores interinos tal vez sea la única oportunidad que tiene la universidad de escapar de la corrupción que la aflige, según el diagnóstico del propio Readings: la negligencia a la hora de enseñar, la dependencia de criterios económicos a la hora de orientar las investigaciones, el *networking* desaforado, el cuidadoso diseño de las carreras profesionales y otras limitaciones tienen mucho menos efecto entre los profesores interinos precarios. Huelga decir que tales docentes no son por definición mejores personas ni mejores intelectuales que los catedráticos, pero sí ocupan en la estructura una posición que les permite evitar la presión que sienten sus compañeros con plaza asegurada y, por lo tanto, pueden quizá dotar a la institución de un mayor sentido, en virtud de su práctica tanto dentro como fuera de ella.

De forma parecida, el filósofo Jacques Rancière afirma que las cuestiones en las que ha ido profundizando a lo largo de su trayectoria intelectual no le deben demasiado a su formación científica. Esto es lo que se trasluce en las entrevistas que concedió a Laurent Jeanpierre y a Dork Zabunyan para un libro titulado *El método de la igualdad*.⁶² Siendo alumno en unas clases

preparatorias para las pruebas de ingreso a la prestigiosa École Normale Supérieure (ENS) francesa, Rancière observó “una cantidad bastante impresionante de malos profesores” y concluyó que alcanzar “la cúspide de la jerarquía docente no tenía nada que ver con ningún nivel de competencia ni con la habilidad para enseñar”.⁶³ Por el contrario, los exámenes y las pruebas constituían una serie de rituales que daban lugar a una élite basada en un “ejercicio gimnástico preciso”⁶⁴ (que a finales de la década de 1950 incluía el dominio de las partículas griegas), mucho más que en una cultura humanista. Rancière explica que por este motivo les atribuyó poco valor a los programas lectivos de La Sorbona o de la ENS y prefirió exponerse a maestros —a los que más adelante, hasta cierto punto, desafiaría— como Louis Althusser o Michel Foucault. En todo caso, se estaba deconstruyendo la figura del maestro:

Básicamente, cualquier cosa que nos provoque es una fuente de aprendizaje, como puede que también lo sea cualquier cosa que te susurre las respuestas relativas a esa provocación. Esta doble función de provocarte y de susurrarte las respuestas opera a través de un montón de textos que pueden ir desde los libros de oraciones infantiles a Kant y Hegel, y también funciona con todo tipo de encuentros que te ofrecen tanto las personas como los escritos.⁶⁵

Esta apertura hacia muchos encuentros distintos llevó a Rancière a reconocer la multiplicidad de posiciones desde las que el pensamiento puede llegar a articularse. Un prisionero que ha pensado en el mundo de las prisiones desarrolla una teoría sobre él, igual que haría un sociólogo designado oficialmente para encargarse de la tarea. Esto es cierto también para la producción

intelectual de los trabajadores, cuyo pensamiento de hecho ya se encuentra en activo, por muchas lagunas que pueda tener. No se trata de un “símbolo de”, sino de una “expresión de”, etcétera, que requiere de una “traducción” por parte de un experto. La posición de Rancière es coherente: un pensador reconocido internacionalmente puede haber recibido muy pocos cursos en su campo o puede negar la relevancia de las oposiciones que han marcado su estatus en la jerarquía institucional, y puede llegar a desarrollar su pensamiento en forma de rechazo hacia los métodos canónicos de su ámbito. Sin embargo, para escapar de la resignación que suele ir asociada a la postura “crítica” (una que se conforma demasiado a menudo con descifrar fracasos sistémicos sin molestarse en ir más allá), Rancière se interesó por las manifestaciones habladas y escritas de actores sociales que carecían del estatus del experto o del de propietario o del de miembro de la clase dirigente. *La noche de los proletarios* fue el primer libro en el que analizó el significado de poemas, cartas y otros escritos producidos por trabajadores. Más adelante insufló vida al tema de la democracia al desarrollar, en *El desacuerdo* y *El odio a la democracia*, una definición relacionada no ya con un orden formal sino con un principio: la inteligencia es compartida por todos y, en un régimen basado en una premisa de igualdad entre sujetos, todos estamos dotados por igual de inteligencia y de voluntad, que son las cualidades que se requieren para gobernar. Lo que Rancière describe en *El método de la igualdad* no es una fantasía de igualdad idéntica entre todas las personas; lo que hace más bien es describir eso que llama una “competencia no específica”⁶⁶ en relación con la política. Esto significa que no existe una ciencia absoluta, ni una forma determinada de inteligencia identificable de una vez por todas para garantizar la relevancia de las decisiones políticas, como por ejemplo la de enviar un ejército

a un territorio o la de aportar más fondos públicos a la gran empresa privada. Hay elecciones para las que ninguna ciencia puede servir de base. La política existe cuando los sujetos se dedican a componer, a recomponer y a pensar en lo que tienen en común. Ese compartir que está en el centro mismo del proceso político implica, por un lado, una delimitación compartida tanto en términos espaciales como de pensamiento y, por otro, una forma de analizar esa delimitación, en tanto que esta pueda ser debatida por todos. Aquí, de nuevo, la igualdad no conlleva una equivalencia estricta entre los sujetos, sino el hecho de que “aunque se distribuya de manera desigual, la inteligencia es la misma para todos. Siempre podemos encontrarnos o construir situaciones en las que verificamos la igualdad de la inteligencia”.⁶⁷ Así pues, Rancière defiende que la insaculación es la mejor manera de designar a quienes han de gobernar en una democracia, ya que la capacidad para pensar no le pertenece en exclusiva a ningún colectivo social privilegiado y no existe una manera de establecer por derecho propio ni definitivamente ninguna estructura jerárquica. Aunque la insaculación no garantiza la competencia, no hay razón para pensar que una asamblea escogida al azar esté menos capacitada que una asamblea formada a través de un proceso electoral, pues este último favorece un único tipo de inteligencia: la inteligencia aplicada a la acumulación de poder.

Recurrir a la insaculación para elegir a los miembros de un senado o una cámara alta, en países sujetos al Estado de derecho, supondría una etapa de transición. No modificaría radicalmente la tradición del debate político que rodea las acciones de los partidos, pero sí significaría que, para aplicar cualquier ley, los cargos electos tendrían que convencer a una asamblea compuesta de gente corriente. Como parte de este grupo que encarna la capacidad de la comunidad para debatir

si las leyes propuestas se justifican o no, el *pueblo* –tal como lo define vagamente Rancière– tendría el poder de revocar una decisión gubernamental y por lo tanto desarrollaría un interés específico en los asuntos públicos. En lugar de dejar los asuntos públicos en manos de dignatarios y estrategias seducidos por el juego político, estos sujetos serían en todo momento conscientes de su capacidad de movilización para apoyar o para oponerse a cualquier medida legislativa. Esto también solucionaría el problema de la justificación por elección o, dicho de otra manera, de la asunción por parte de los gobiernos de que ganar unas elecciones equivale a recibir un cheque en blanco. En todo caso, las “democracias” occidentales no brindan espacio alguno para que tales transformaciones puedan debatirse con seriedad.

Por otra vía distinta, el psicoanalista Jean-Pierre Winter promulga una visión de la enseñanza que también se basa en la autonomía. Oponiéndose a la de los ideólogos contemporáneos, en un ensayo reciente⁶⁸ se limita humildemente a plantear el “enigma de la circulación del conocimiento” entre generaciones, al tiempo que se niega a aceptar que los estudiantes puedan adquirirlo únicamente en forma de inculcación pedagógica. Está claro que el poder del saber empieza a operar en todos los cerebros desde la niñez, tal y como ya advirtieron Freud (“El pequeño ser humano a menudo es ya un individuo formado en su cuarto o quinto año de vida, aunque luego, en años más tardíos, vaya revelando progresivamente lo que ya llevaba dispuesto desde hacía mucho en su interior”),⁶⁹ Nietzsche (“Siempre son los hijos los que crían a los padres”),⁷⁰ el Talmud (que compara el embrión con una tablilla de escritura doblada)⁷¹ y Tomás de Aquino, que creía que la enseñanza de una persona no podían llegar a producir ciencia en otra (“El discípulo no adquiere, por el maestro, ciencia nueva, sino que el maestro simplemente le

estimula a analizar los conocimientos que el discípulo ya tiene”).⁷² Para Winter, como para Rancière, la vocación docente pertenece al ámbito de la emancipación. Consiste en revelar a las mentes jóvenes un conocimiento que estas están llamadas a interpretar. De forma algo más misteriosa, el papel del maestro es el de “permitir que el pupilo se reapropie de lo que sabe sin saber que lo ha olvidado”.⁷³

El trabajo del psicoanalista Françoise Dolto juega un papel clave en el pensamiento de Winter. A Dolto le interesaba especialmente la aparición de lo que Lacan llama el *flash*⁷⁴ de conocimiento en los niños pequeños: el momento en que, tras muchos esfuerzos, las letras por fin componen palabras, las palabras por fin componen oraciones y las oraciones componen un significado. La lógica, surgida de manera autónoma en cada quien, enseguida lleva al niño a hacer preguntas que los adultos rara vez se plantean (¿de dónde venimos las personas y por qué morimos?). Estas preguntas fundamentales acompañan al proceso de aprendizaje del lenguaje. Winter encuentra muchos ejemplos de esta coincidencia en el cine y la literatura.

Más allá de estas consideraciones acerca de la primera infancia, Winter insiste en un principio que es válido para todos los periodos de aprendizaje: tal como dice Lacan, “un exceso de atención pedagógica”⁷⁵ puede resultar perjudicial. Winter cita el ejemplo de Marcel Pagnol, que aprendió a escribir de manera precoz y casi pasiva, por la simple proximidad a pupilos mayores que él a quienes su padre enseñaba los fundamentos del lenguaje. Estas prácticas de aprendizaje revelan distintos tipos miméticos de lectura que no se circunscriben a los casos de los niños que hacen como si leyeran antes de entender el significado de lo que leen. Lo mismo puede decirse de los devotos feligreses que se dedican a releer continuamente los textos sagrados que

ya se saben de corrido, pero cuyo sentido les sigue resultando desconocido.

Winter mantiene que una enseñanza excesivamente autoritaria se convierte en un obstáculo cuando transforma los postulados de una lección en conocimiento que se ha de reproducir con rigor, sin atender al proceso que haría posible dicha reproducción. Cuando pertenecen al ámbito familiar, el autor denomina a estos maestros autoritarios *educastradores*. También escribe: "Lo que importa no es asegurarnos de que las cosas se entiendan, sino eliminar lo que obstaculiza el entendimiento". Pese a lo que pudiera parecer, esto tiene poco que ver con las teorías de aprendizaje espontaneístas y expresionistas que pueden acabar convirtiéndose en formas de opresión: es bien sabido que consignas paradójicas del tipo "¡Sed libres!" pueden llegar a volvernos locos. Esta preocupación lleva a Winter a proponer muchos ejemplos de la clase de sabio acompañamiento que revela la inteligencia de los preceptores. En todos los casos, se requiere del maestro que no transmita de forma imperativa sino que "establezca las condiciones de transmisión"; condiciones que, volviendo a citar a Lacan, ayudan a despertar "una insistencia en quienes escuchan".⁷⁶

En última instancia, según Winter, el legado de la enseñanza tiene más que ver con adquirir la responsabilidad de pensar y hacer preguntas que con una relación estrictamente positivista y utilitarista del conocimiento.

"Por encima de todo, transmitir significa transmitir una pregunta que permanece sin respuesta".⁷⁷

II EL COMERCIO Y LAS FINANZAS

La exposición en la Ciudad de las Ciencias y la Industria de París la financiaba una entidad tan importante como el Banco de Francia. Llevaba por título *L'économie: Krach, Boom, Mue*. Esta apropiación de la chanza del saleroso e irónico cantante pop Jacques Dutronc* pretendía una reconciliación entre la gente y la economía. Se dispuso en la muestra una zona que representaba el parqué de la bolsa y se animó a los visitantes a reaccionar "de manera inteligente" —comprando o vendiendo acciones— a la información que se iba lanzando por un altavoz. El objetivo era educar a los ciudadanos, pues, según el profesor de Economía Pierre-Pascal Boulanger (quien participaba en el libro que acompañaba a la exposición), su ignorancia con respecto a la economía suponía "una amenaza para la democracia".

La exposición no se limitaba a ilustrar lo que se conoce como la escuela clásica de la ciencia económica. También insistía en dar la impresión de que, tras las vagas explicaciones de los expertos, hay razones que explican las crisis recurrentes, los productos financieros basura, los caprichosos vaivenes de la economía, la especulación desaforada y el recalentamiento del

*N. del T.: *Krach, Boom, Mue*, que se traduce como "crash, boom, cambio", es un juego de palabras en referencia a "crac, boum, hu", una frase sin sentido perteneciente a la canción de Jacques Dutronc "Les Playboys".